

LA
DAMA
DE LA
CARRETERA



ERINA ALCALÁ



LA DAMA DE LA CARRETERA

(Erina Alcalá)

No conduzco una moto, vivo una aventura.

CAPÍTULO I

Los Morenos, era una familia muy conocida en Jaén, aunque el apellido en realidad era Moreno.

Y eran conocidos por la gran fábrica de aceite, espectacular, que tenían en uno de los polígonos de la capital, a las afueras. Moderna, la que pagaba más caro el aceite, acceso independiente para los tractores, camiones, clientes y otro para ellos solos, la familia. Y perfectamente organizada. Tampoco debías tener olivos y llevar la aceituna, si no tenías olivos, siempre podías comprar garrafas de cinco litros, de dos, de un litro y algunas botellas tipo regalo, de recuerdo en botellas de cristal, en la pequeña tienda que tenían para ello, convenientemente separada.

Era todo un conglomerado aceitero.

La fábrica tenía el nombre del padre:

FABRICA DE ACEITE MORENO

Aunque quien la fundó fue el abuelo, empezando por una pequeña fabrica, pero el padre y posteriormente los hijos la convirtieron en lo que era.

No solo tenían la fábrica, también un cortijo de descanso rodeado de doscientas fanegas de olivos de la mejor calidad entre Jaén y Torre del Campo.

La familia Moreno, estaba compuesta por el padre, Francisco Moreno, de cincuenta y ocho años que estaba al tanto de la fábrica y tierras. Un hombre alto y fuerte que aparentaba menos edad de la que tenía en realidad. Con andares activos, y una blanca sonrisa. Tenía un trato excelente con la gente y el personal. Porque entre la fábrica, las tierras y el cortijo tenían a más de veinte personas trabajando para ellos. Luego pasada la cosecha y limpiado de la fábrica, disminuía a más de la mitad.

Después estaba Rosa Miranda, la madre y mujer de Francisco, que se encargaba de la casa. Nunca bajaba a la fábrica, a no ser por echar un vistazo y llevarse aceite. Al cortijo iba de vez en cuando, algunos fines de semana con Francisco y se quedaban allí esos dos días o parte de las vacaciones de verano. Cuando los chicos eran pequeños, disfrutaban más,

pero ahora, eran mayores e independientes y tenían sus propias vidas. Pero se reunían una vez al mes a comer, y en las fechas señaladas, cumpleaños, Navidades...

A Rosa le gustaba la cocina. Tenían una gran casa cerca de la catedral y garaje para cinco coches. Habitaciones para cada uno de sus hijos y un despacho abajo para el Francisco y una salita más recogida para el invierno.

Era una casa grande en mitad de la ciudad y en el patio tenían una piscina y parras de uvas, un limonero y un naranjo. Y ahora estaban solos y era demasiada casa. Pero siempre había tenido una mujer para la limpieza y comida, compra, y ella hacía recados, a veces se metía en la cocina, iba con amigas a tomar café, a la iglesia dado que era una mujer religiosa, iba todos los domingos. Y cuando había que hacer limpieza general, metía a dos chicas para ello. Sobre todo en septiembre, antes de la feria de San Lucas.

El resto de la familia estaba formada por José de 31 años y Luís de 32. Ambos Ingenieros agrónomos. Y trabajaban en la fábrica evidentemente con un buen sueldo.

Tenían de jovencitos amor por las motos y tuvieron una, pero se les pasó. Y ahora tenían un BMW negro cada uno. Y un pisazo en medio de Jaén.

Por supuesto se lo había comprado todo su padre al acabar los estudios. Eran solteros, salían con chicas y vivían la vida. Y como su padre, eran altos fuertes, morenos cotizados y muy atractivos.

Y luego estaba Martina, la princesa de la casa, que estudió Administración de Empresas, que se encargaba de la contabilidad y Nóminas de las propiedades y tenía su despacho en la fábrica. No se encargaba de compras o ventas, solo anotaba en su programa y sabía qué había o no. También se encargaba de solicitar las subvenciones y pagos.

Los hermanos y el padre se repartían el resto del conglomerado.

Martina tenía ya veintiocho años. Era la más pequeña de la familia, pero ya conocía bien su trabajo, pues no en vano llevaba ya cinco años trabajando en ello.

Toda la familia se llevaba bien. Eran una piña.

Martina con el dinero de sus padres, quiso comprarse una casita en las afueras, ni a un kilómetro de la capital, en un recinto cerrado que encantó a sus padres. Era precioso. Tres dormitorios arriba con baños y vestidores.

Dos con ducha y el principal doble, uno con una bañera de patas que le encantaba, abajo sala, despacho, un salón abierto a la cocina, un porche delantero y un patio con piscina y varios cuartitos para poner limpieza, lavado y enseres para la piscina.

De su madre heredó el amor por las plantas y tenía colgadas macetas de geranios de colores, como si fuese un patio cordobés. Un toldo eléctrico y una casa de diseño. Una mujer cuatro horas al día para mantenerla y comprarle y hacerle la comida. Aunque a veces comían todos el menú en un restaurante del polígono.

De sus hermanos heredó el amor por las motos, lo que traía a su madre siempre con preocupaciones.

Tenía además un Audi S5S5 sin marchas en color plata en su garaje. Y había pasado ya por cinco motos. La que tenía ahora era una Kawasaki en negro y verde que era lo que más quería. Parecía haber nacido para las motos. Sin embargo parecía una niña pija sin ella.

Tenia el pelo largo y negro como todos los Moreno, nariz pequeña, era guapa, 1, 70 y llevaba una cola alta que le llegaba casi por la cintura. Los ojos grandes y marrones tan claros que precian amarillos.

A Martina, le gustaba además de las motos, la ropa, los maquillajes, los tacones los complementos, los bolsos, las zapatillas deportivas. Tenia los dos vestidores de su habitación llenos y clasificados, todo ordenado por colores, se lo tenía María. Cuando ya no quería algo se lo daba a ella para sus hijas.

En el vestidor de una de las habitaciones de invitados tenía la ropa que no era de temporada, María la cambiaba, y en el del otro dormitorio tenía cinco trajes completos con cinco cascos de moto, mochilas, botas, complementos para las motos.

Y era feliz. Vivía una vida feliz.

Iba a todas las concentraciones de motos que podía, la de Jerez nunca se la perdía y se quedaba esa noche si bebía dos o tres cervezas, nada de alcohol de alta graduación, odiaba los cubatas, se quedaba en un hotel esa noche porque podía permitírselo. Tenía dinero. Pero cada vez que salía con la moto a recorrer paisajes, era libre, la carretera era libertad para ella en la moto. Tenía que llamar a la madre, cuando llegaba, cuando se iba... Comprendía su preocupación.

Eso eran los Morenos de Jaén. Buena gente, trabajadores incansables y ricos.

Cuando Martina se acostaba con un chico lo hacía a veces en esas concentraciones, luego podía coincidir en otras, pero no repetía. No quería atarse a nadie aún. Conocía a mucha gente de las concentraciones, y nunca tuvo un novio formal. Ni lo necesitaba, ni estaba por la labor ahora en su vida. Era un ser libre. Y los moteros que la conocían empezaron a llamarla: **La Dama de la carretera**. Porque tenía estilo, modales, en definitiva, era fina y pija.

Cuando se enteró, se estuvo riendo un buen rato. Pero empezaron a llamarla **DAMA**.

En Madrid...

Había otra familia que con el tiempo conocería Martina, y aunque ella era reservada con lo que su familia tenía, pocos sabían sobre ella, solo que era de Jaén.

Esa familia madrileña eran **Los Soler**.

Los Soler eran una familia adinerada también. Tenían una gran estudio de Arquitectura, e Ingeniería de Canales y Puertos. Una empresa de renombre en plena Gran Vía. Un local que ocupaba un bajo y un primero y que tenía más de mil metros cuadrados. Moderno. Y con nombre:

Soler, Estudio de arquitectura e Ingeniería.

Y en la misma placa abajo especificaban los trabajo que hacían.

En ese estudio, trabajaban el padre, Gaby de sesenta años, un ingeniero de Canales y Puertos, la madre, Almudena, también de sesenta años, arquitecta que fundaron la empresa desde abajo. Alberto el hijo mayor de treinta y siete años casado con una enfermera, ingeniero también de Canales y Puertos, María de los Ángeles, era su mujer, sin hijos aún. Y el pequeño, no tan pequeño ya, Fernando, arquitecto como su madre de treinta y cuatro años. 190, fuerte, guapo a rabiar y unos ojos grises como los tres hombres Soler.

En el estudio trabajaban casi doce personas, contando el abogado y la recepcionista. Las obras civiles estaban en el bajo, la arquitectura en la primera planta.

Fernando, vivía solo como su hermano que estaba casado y sus padres en un piso en la Gran Vía. No todos en el mismo edificio, pero todos en la misma calle.

Fernando, tenía un piso masculino y de tres dormitorios y un despacho. Era relativamente grande y como Martina, reformado.

Y sobre todo compartía con Martina el amor por las motos. Le gustaban las chicas, altas, guapas y nada ordinarias.

Y a pesar de su BMW, los fines de semana, cogía su moto y se iba sin rumbo...

CAPÍTULO II

La primera vez que se vieron, porque antes Martina nunca había visto a Fernando, fue en el circuito de Jerez.

Intercambiaron miradas y se gustaron.

Él preguntó a los chicos si la conocían, si sabían quién era.

-La Dama.

-¿Qué Dama?

-Le decimos la Dama de la Carretera. Le encantan las motos y es pija, tiene clase. Es de Jaén capital si quieres saberlo. Guapa como ella sola y un cuerpo de escándalo. Inaccesible, independiente y libre, ya sabes...

-Ya.

Fernando se las ingenió para acercarse a ella, ya en la comida.

El circuito de Jerez, rugía incluso cuando las motos descansaban. El olor a gasolina, café y neumático caliente se mezclaban con el sol de Andalucía.

Martina se quitó el casco negro. Una melena negra cogida en una cola alta, cayó sobre la chaqueta de cuero. No tardó ni diez segundos en notar las miradas.

-Ahí está la Dama de la Carretera.

-Ella sonrió sin dar importancia. Estaba acostumbrada. No necesitaba impresionar a nadie. Tenía una buena vida. Y saludaba y charlaba con todos.

-¿Siempre llegas haciendo que todo el mundo deje de hablar?

La voz grave apareció a su espalda.

Martina se giró.

-¿Y tú siempre apareces sin hacer ruido con un metro noventa de altura?

Fernando soltó una carcajada.

-Es un don.

-O un fallo de fábrica.

-Arquitecto. No admito fallos en las estructuras.

-Yo fabrico aceite. Si una estructura falla, la engraso.

Él volvió a reír.

-Llevaba dos concentraciones queriendo hablar contigo.

-Pues es la tercera, vas mejorando.

Fernando negó con la cabeza.

-¿Siempre eres así?

-Solo con los hombres que me miran como si quisieran venderme un seguro.

-Yo iba a invitarte a una cerveza.

-Muchísimo mejor que un seguro.

...

Acabaron sentados en una terraza cercana al circuito.

Hablaron de motos.

De viajes.

De carreteras perdidas.

De que ninguno soportaba a la gente que aceleraba para hacerse notar.

-¿Y pareja?- preguntó Fernando.

-No.

-¿Tan exigente eres?

-No. Tan libre.

Él levantó la botella.

-Brindo por eso.

-¿Y tú?

-Demasiadas relaciones que parecían edificios perfectos... y todos acabaron con grietas.

-Eso ha sido muy arquitecto.

-Lo sé, doy bastante vergüenza.

Martina rio hasta atragantarse.

Cuando cayó la noche, el grupo decidió seguir la fiesta en el hotel.

Entre música, risas y alguna copa, Fernando acompañó a Martina a la puerta de su habitación.

Se quedaron unos segundo mirándose.

-¿Sabes una cosa?- dijo él.

-¿Cuál?

-La Dama de la Carretera da bastante miedo.

-¿Y aún así has venido?

-Precisamente por eso.

Martina dio un paso hacía él.

-Eres valiente... o un inconsciente.

-Las dos cosas.

Ella lo besó primero.

Fue un beso inesperado, divertido, lleno de tensión acumulada de todo el día.

Entraron en la habitación sin dejar de sonreír.

Aquella noche compartieron una intimidad que ninguno habían planeado. Entre bromas, besos, caricias y confesiones que solo nacen de dos desconocidos cuando bajan las defensas, descubrieron una complicidad sorprendente. Sus sexos encajaban a la perfección.

Los orgasmos al unísono.

Los gemidos en silencio absorbidos por las bocas. Los movimientos volátiles, la penetración incommensurable, los besos...

El olor.

Los cuerpos.

La piel.

Esa forma de acariciar.

Chupar, lamer.

Saltar por el precipicio como nunca antes...

Mordisquear...

No hicieron promesas ni hablaron de futuro; vivían cada uno en un lugar diferente. Simplemente dejaron que la noche fuera suya.

A la mañana siguiente, mientras desayunaban en silencio, Fernando levantó la vista.

-Tengo una duda importante.

-A ver...

-¿Después de esto puedo seguir llamándote Dama de la Carretera?

Martina tomó un sorbo de café.

-Solo si tú aceptas que, desde hoy, eres el arquitecto que necesitó un plano para encontrar mi habitación.

-Fernando sonrió fuerte. Algunos motoristas lo miraron.

Y Martina pensó que quizá aquella historia de una noche solamente, aun no había terminado. Y que por una vez, podía repetir con el mismo.

Cuando acabaron de desayunar, salieron al aparcamiento.

Los dos quedaron en silencio unos segundos.

-Bueno- dijo Fernando- Supongo que aquí termina la aventura.

Martina se colocó la chaqueta de cuero encima del traje y metió en el pequeño maletero, la mochila.

-Las buenas rutas, nunca terminan. Siempre hacen una parada.

Fernando sacó el móvil.

-¿Me vas a hacer recorrer media España para volver a encontrarte o me das tu número

Ella lo miró unos segundos, fingiendo pensarlo.

-Depende, nunca lo doy.

-¿Ah no?, ¿y de qué depende?

-De si prometes no llamarme a las tres de la mañana ni mandarme un mensaje diciendo que has diseñado un edificio con forma de casco.

-Lo prometo.

Martina le quitó el teléfono de las manos y escribió su contacto.

Martina. La Dama de la Carretera.

Fernando soltó una carcajada.

-¿Ese es tu nombre oficial?

-Claro, mi madre me llama Martina. El resto de los moteros ya veremos.

Se guardó el móvil y le dio el suyo.

-Ahora te toca.

Ella escribió:

Fernando. Arquitecto con demasiado pelo para ir en moto.

-¡Oye!

-¿Es mentira?

Fernando se pasó la mano por el flequillo resignado.

-Un poco.

Antes de ponerse el casco, Martina preguntó:

-¿Vas a la concentración de Ciudad Real el mes que viene?

-Tenía pensado ir.

-Pues allí nos veremos.

-¿Es una cita?

Ella arrancó la moto. El bicilíndrico rugió con fuerza.

-No.

Hizo una pausa mientras bajaba la visera.

-Es una carretera compartida. Lo demás... ya veremos.

Le guiñó un ojo y salió del aparcamiento dejando tras de sí el sonido grave del motor.

Fernando permaneció inmóvil, viéndola desaparecer y entrando en la autopista.

Miró la pantalla del móvil.

Sonrió al leer el contacto.

Martina. La Dama de la Carretera.

Creo que esta mujer va a complicarme la vida...

Y por una vez en su vida y en muchos años, aquella idea le pareció una magnífica noticia.

...

Un mes de mensajes con Fernando.

Martina tardó exactamente dos días después en romper su propia norma.

Nunca daba el primer paso. Paró a repostar con su Audi cerca del polígono. Era Martes y mientras llenaba el depósito, sonó el móvil.

No era un mensaje.

Era una foto.

Fernando aparecía delante de un plano enorme con cara de agotamiento y un casco de obra amarillo.

“He sobrevivido al regreso. Aunque echo de menos el desayuno de Cádiz”

Le respondió con otra foto. Ella junto a un mar de olivos, con la moto apoyada sobre la pata de cabra.

“Yo he sobrevivido a cuatrocientos kilómetros. Los olivos siguen en su sitio.”

A partir de ahí empezó una rutina inesperada.

No hablaban todos los días.

Pero cuando uno encontraba una carretera bonita, una terraza perdida o una puesta de sol, enviaba una foto al otro.

Sin obligación.

Sin promesas.

Sin etiquetas.

...

Una tarde, Fernando estaba revisando un proyecto cuando recibió un video.

Martina llevaba el casco puesto.

-Arquitecto... necesito una opinión profesional.

El video enfocó un pequeño puente de piedra en un camino rural.

-¿Crees que aguantará una moto de setecientos kilos... o termino en el arroyo?

Fernando respondió al instante.

-El puente sí. Lo que me preocupa es la piloto.

Cinco minutos después llegó otro video.

Martina ya estaba al otro lado.

-Demasiado tarde.

...

Faltaban tres días para la concentración de Ciudad Real.

Fernando escribió.

-¿Sigues pensando ir?

La respuesta tardó unos segundos.

-Claro.

-¿Nos vemos allí?

-No.

-¿No?

-Prefiero que lleguemos cada uno por nuestra cuenta.

-¿Y eso?

-Porque quiero ver tu cara cuando descubras que la famosa Dama de la Carretera existe de verdad. Y no es una motera que se inventó un arquitecto después de una noche en Cádiz.

Fernando soltó una carcajada.

-Entonces... ¿Quedamos dónde?

En la entrada de la concentración. El que llegue tarde invita al almuerzo.

-Acepto.

Y nada de hacer trampas.

-¿Qué trampas podía hacer?

-Presentarte en coche.

-Eso sería motivo de expulsión inmediata.

-Vas aprendiendo arquitecto.

Fernando sonrió mirando al móvil.

-Tengo ganas de verte.

Esta vez Martina tardó más en responder.

-Yo también... pero no te acostumbres.

Fernando leyó el mensaje dos veces y sonrió.

Aquello no era una historia de amor. Todavía.

Era mucho más divertido: dos personas acostumbradas a ir solas, descubriendo que quizá compartir algunos kilómetros no era tan mala idea. Y coquetear.

El sábado en la concentración de Ciudad Real, por supuesto él llegó primero y la esperaba y cuando la vio aparecer, supo que era ella.

Inconfundible sobre la moto.

Su corazón empezó a galopar, ese que nunca galopaba por nadie y por ella...

Se acercó cuando aparcó y colgó el casco de su brazo.

-Hola, Dama aceitunera.

-Hola, arquitecto madrileño.

-Ven aquí y dame un abrazo.

Ella se acercó y la abrazó más fuerte de lo normal y la besó en los labios.

-Vamos a saludar a la gente y luego a comer. Me toca pagar. He llegado antes.

Después de comer, estaban cansados.

-He reservado habitación. Me tocaba.

-Estás muy seguro.

-Siempre lo he sido, pero contigo siempre tengo dudas. Eres muy independiente.

Ella le dio la mano y eso fue un sí rotundo.

-Lo deseaba, él también a ella.

-Necesito antes una ducha, dijo Martina.

-Te acompaño.

Se metieron en la ducha y él tiró de su mano. Ella perdió el equilibrio y se quedó de rodillas delante de él con la boca a centímetros de su pene. Lo rozó sin querer.

Se rieron ambos.

-¿Te has hecho daño Dama?

-En mi dignidad.

-Reconozco que como estoy, así de duro, no esperaba que cayeras a mis pies en esa postura. Pero me pone.

-¡Qué tonto eres!

Y ella se agarró a su miembro.

-Mujer...

Pero ella lo metió en su boca y con la lengua le dio un par de besos.

-Buff, nena por dios ¿Así vamos a empezar?

Y ella lo miró.

-Una buena forma de empezar.

Él se puso los brazos entrelazados en la parte de atrás de la cabeza. Y a Martina le pareció un dios griego.

-Soy todo tuyo, ¡Agg, joder, Martina!

Lo sacó de su boca, y empezó...

A lamerlo.

A chuparlo.

A moverlo.

A mordisquearlo.

-Por dios mujer. Me pones que voy a explotar.

-Métela tu. Mi boca es tuya.

Y el se movió dentro de su boca como haciéndole el amor. Y ella apretaba su miembro una y otra vez, hasta que él soltó todo lo que llevaba en su interior.

Gimiendo.

Hablándole.

Sujetando su cabeza.

Y temblando al final.

-¡Ah dios! te he echado de menos.

-¿Has tenido sexo?

-No, ¿tú?

-Tampoco y eso no es normal en mí.

-Pues me alegro- y la levantó y la pegó a su cuerpo y echó agua entre ellos y jabón y mordía sus pezones y los lamía y tocaba su sexo hasta que ella tuvo un orgasmo casi gritando.

Se secaron y se tumbaron en la cama. Martina ponía su pierna encima de la suya rozando su miembro y él cerraba los ojos boca abajo. Le encantaba y sonreía mientras ella acariciaba su pecho.

-Te he echado de menos este mes Martina, te lo digo en serio.

-Yo también, no hemos dejado de mensajearnos.

-¿Y dónde quieres ir a parar? Porque nos hemos acostado dos veces Fernando.

-No lo sé.

-No te adelantes. No pienses en nada. Incluso si te adelantaras en lo que pienso no podría darse nada.

-¿Por qué Dama?

-Porque tengo una vida que me encanta donde vivo. Un trabajo que no pienso dejar, una casa que es mía y me gusta, a las afueras, con olivos alrededor, en un recinto cerrado, mi piscina... mi coche y mi moto. Tengo independencia y libertad. Si tuviese pareja ahora mismo, no podría. Sin embargo me gusta coincidir contigo o tontear.

-¿Tontear con más?

-No, No me da la vida para eso. Me gustas tú. Y tú no creo que quieras cambiarte de ciudad, cambiar tu vida como yo no lo hago, ¿o sí?

-Me gusta mi trabajo y mi casa.

-¿Ves?, pues deja, que solo hemos estado dos veces.

-Está bien Dama, llevas razón. Disfrutaré de tu cuerpo mientras. ¿Perrito?

-Loco...

Pero la dejó como estaba y él se puso encima, la agarró por la cintura y la puso a perrito, se puso un preservativo y la penetró a fondo. Como con rabia, como cuando algo no se podía. Como si no fuese ella, sino una mujer más de las que había estado, diciéndole palabras obscenas. Y ella no se sintió bien. Y no le gustó nada, ni dijo nada, pero sabía que ahí acababan porque se dio cuenta de que esa negativa no le había gustado.

Cuando él acabó llamándole pide leche perr...

Se dio la vuelta y le dio un gran bofetón. Y Fernando supo por qué, no era ni un niño ni un bobo.

Se levantó al baño, se duchó rápida, se puso su ropa mientras él estaba en la cama arrepentido.

-Martina... perdona. De verdad. No quería...

Y ella lo miró.

-No te vayas, pasemos la noche.

Pero ella bajó, tomó un café, lo bloqueó del móvil, cogió su moto y se fue a su casa.

Mientras avanzaba por la carretera, se sintió la mujer más humillada del mundo. Jamás en la vida, nunca. Pero era grande y la tenía agarrada de las caderas y no pudo soltarse.

Pero ella era sincera y nunca perdonaría eso.

Quería llegar a casa y lavarse bien, olvidarse de ese tipo y no iría a las próximas concentraciones, sino que cogería su moto y recorrería los pueblos que tenía en la lista que quería ver, o a concentraciones más pequeñas de Andalucía. Durante un tiempo.

Eso no le hubiese importado si no hubiese pronunciado esas palabras como si ella fuese una prostituta.

Por su parte, Fernando, le dio golpes a la cama, diciendo:

Joder.

Joder.

Joder.

Pero Fernando era un tío bueno, ninguna mujer le había dicho que no. Era caprichoso, pero jamás había hecho lo que le hizo a la mujer que más le había gustado. Intentó enviarle un mensaje.

Lo había bloqueado.

El teléfono también.

-Me cago en la puta...

Bajó y no la vio, pregunto por ella y le dijeron que había salido con la moto.

Se había ido.

Por su culpa.

Se sintió tan culpable...

Pero no peor de lo que se sintió Martina.

CAPÍTULO III

La primavera había dado paso al verano casi sin que Martina se diera cuenta.

Los olivos seguían allí, verdes e inmensos. Ahora los estaban sulfatando.

Y ellos abrazaban las lomas de Jaén como si llevaran siglos esperándola.

Por las mañanas dirigía la fábrica junto con sus padre y sus hermanos, cada uno su propia parcela.

Revisaba pedidos, hablaba con distribuidores y tomaba decisiones con una seguridad que sorprendía a quienes aún pensaban que con veintiocho años,

era demasiado joven para dirigir una empresa familiar.

Pero los viernes al terminar la jornada, la directora desaparecía.

Entonces, nacía la Dama de la Carretera.

El mono de cuero, el casco negro y verde, o negro o gris, dependiendo del traje que llevase ese día a juego con la mochila, con lo imprescindible y su moto. Sin destino fijo.

Un fin de semana amanecía contemplando el embalse del Tranco, en la Sierra de Cazorla. Otro desayunaba en una venta de la Serranía de Ronda, donde un camarero mayor, le decía:

-Niña, tú sola... tienes más valor que muchos hombres.

-No es valor. Es que me gusta la paz- respondía ella antes de ponerse el casco.

Recorrió la Alpujarra, con sus pueblos blancos, Cabo de Gata, la costa de Huelva, los pueblos blancos de Cádiz y carreteras interminables donde el único ruido era el del motor.

Y cada kilometro la alejaba un poco más el recuerdo de Fernando.

Su teléfono seguía bloqueado. Ni una llamada, ni un mensaje. Como si nunca hubiera existido.

En ese tipo de casos u otros, Martina no se lo pensaba dos veces. Sin Explicaciones sacaba a la gente de su vida.

...

Mientras tanto, en Madrid, Fernando vivía exactamente lo contrario.

Acudió a las concentraciones de motos importantes, convencido de que Martina aparecería.

No apareció.

En la segunda, un motero de barba blanca y barriga generosa, lo vio mirar una y otra vez hacía la entrada.

-¿Buscas a alguien?

-A una amiga.

-¿La Dama de la Carretera?

Fernando levantó al cabeza.

-Sí.

El hombre soltó una carcajada.

-Llegas tarde, hijo. Esa no se deja atrapar.

Los que estaba alrededor comenzaron a contar historias.

-Dicen que está dando la vuelta a España.

-¡Qué va! La ha contratado una marca de motos para probar modelos.

-Pues yo escuché que se enamoró de un pastor de las Alpujarras y ahora vive entre cabras.

Todos estallaron en carcajadas.

Todos menos Fernando.

Sonrió por educación, pero por dentro sintió un vacío que llevaba meses creciendo.

No la había perdido por falta de amor o conexión entre ambos, o química.

La había perdido por falta de respeto.

...

A finales de septiembre, cuando la campaña de aceite comenzaba a preparar la nueva temporada, el padre reunió a los hijos en el despacho.

-Este año quiero que vaya alguien de la familia a la Feria Internacional del Aceite de Madrid.

Los dos hermanos se miraron.

-Yo no puedo- dijo el mayor- Tengo cerrada una exportación. Y unas visitas de unos clientes italianos.

-Yo tampoco, estoy contratando y preparando la casa del cortijo de los aceituneros que van a venir a recoger la cosecha. Hay que darle una mano de pintura y reponiendo fardos y maquinaria, tengo que revisarla entera. Las sopladoras...

El padre miró a Martina.

Ella se encogió de hombros.

-Perfecto, iré dos días, cerraré las reuniones y volveré.

-Dos días no, una semana, lo que dura la feria.

-Está bien, una semana. Tendré que buscar hotel.

-¿No vas a llevarte la moto?.

Martina sonrió.

-Papá eres un bromista de cuidado. No, esta vez me llevo el Audi. Y los trajes de chaqueta. Iré de compras a por algunos complementos.

-Cárgalos a la cuenta de la fábrica.

-Que no papá. Qué tontería.

Bueno. El hotel y los gastos corren por cuenta de la empresa y la gasolina.

-Bien, ¿dónde vamos a quedarnos?

-Mañana o pasado mañana te doy toda la información, van dos furgonetas y tú. Quiero que revises el plano del stand esta semana. Os vais en dos semanas. Tiene que quedar todo puesto magníficamente. Tu estarás en un pequeño despachito al lado. Con dos sillones en frente para los pedidos. Estamos haciendo los dípticos y los libretos. Dos chicas con pan y aceite. Y uno que vaya llevando. En el palacio de congresos IFEMA. Abre a las diez toda esa semana. Cierre a las siete.

-Perfecto.

-Otros dos en el stand para las preguntas. Mira Miguel, el informático, qué ha dibujado...

-Me encanta sí.

-Llevas una tablet de pedidos. ¡Ah! y lleváis una etiqueta en el pecho con Aceites Moreno, con una aceituna y el nombre. Una impresora, un datafono del banco para pagar con tarjeta, en metálico nada. Y ya. Espero que atraigamos clientes.

-Eso espero.

Martina no esperaba que ese viaje de trabajo cambiaría de nuevo el rumbo de su vida.

Y a cientos de Kilómetros de allí, Fernando, acababa de recibir una invitación de un cliente arquitecto para asistir y ayudarlo en la misma feria donde presentaría el diseño de un innovador edificio sostenible para la industria del aceite.

El destino empezaba a arrancar el motor una vez más.

Martina llegó a Madrid a media mañana en su Audi. Aparcó en el gran hotel de la Gran Vía madrileña, y se acordó de Fernando que vivía y trabajaba allí.

Vestía un traje color crema, una blusa verde oliva y unos zapatos de tacón bajo. El casco y el mono de cuero, se habían quedado en Jaén, pero seguía caminando con la misma seguridad con la que conducía su moto.

Dejó el equipaje en el hotel, deshizo todo el equipaje, se retocó un poco el maquillaje. Pidió que le subieran el desayuno, se lavó los dientes y se retocó de nuevo. Perfume. Y para el palacio de congresos. Puso el GPS.

La feria era enorme. Decenas de Almazaras, cooperativas y empresas mostraban sus mejores aceites.

-Buenos días, Soy Martina Moreno, de aceites Moreno, se presento estrechando las manos.

Le dijeron dónde estaba su stand, maravilloso, decorado con botellitas, botellas y garrafas, cristal y plástico, diversos tamaños. Regalos...

Saludó a los compañeros que iban a estar con ella en el stand.

En pocas horas, había cerrado varias reuniones y conseguido dos contactos interesantes para explotar.

A mediodía decidió ir a la cafetería a tomar algo y un café antes de continuar.

No levantó la vista del teléfono mientras caminaba.

Al doblar la esquina, chocó con alguien.

Los dos cafés salieron despedidos.

-¡Perdón!- dijeron al mismo tiempo.

Martina, levantó la cabeza

Fernando.

Él se quedó inmóvil.

-Martina...

Ella respiró hondo. No había odio en su mirada. Tampoco ilusión. Solo una tranquilidad que a Fernando le dolió más que cualquier reproche.

-Hola, Fernando.

-¿Cómo estás?

-Muy bien ¿Y tú?

-He estado mejor.

Martina asintió con educación.

-Me alegro de verte bien.

Se agachó para recoger la carpeta que se le había caído al suelo.

Fernando hizo lo mismo y sus manos estuvieron a punto de tocarse. Ella retiró la suya con naturalidad.

-Déjame invitarte a otro café. Ha sido culpa mía.

Martina sonrió levemente.

-No hace falta. Tengo otra reunión en diez minutos.

-Solo necesito cinco.

Ella lo miró durante unos segundos.

-Cinco minutos Fernando, ni uno más.

Entraron en la cafetería de la feria. Se sentaron frente a frente.

Durante unos segundos ninguno habló.

Al final fue él el que rompió el silencio.

-Llevo meses queriendo pedirte perdón.

-Ya.

-No hay un solo día en que no piense lo que te dije aquella tarde y me arrepienta.

Martina removía el café sin mirarlo.

-Las palabras no se olvidan tan fácilmente.

-Lo sé.

-Me hiciste sentir que aquello que habíamos compartido no tenía ningún valor. Ni yo tampoco. Como si acostarme contigo pudieras tratarme de cualquier manera. Como una cualquiera, vamos. Y todo porque no te gustó qué te dije.

-Fernando bajó la cabeza.

-No tengo excusas. Me comporté como un imbécil.

Él continuó.

-Creía que estaba acostumbrado a que las cosas salieron como yo quería. Cuando vi que tú no dependías de mí, reaccioné de la peor forma posible.

Ella levantó la vista.

-Eso ya lo sabía.

Fernando soltó una risa amarga.

-Sigues diciendo las cosas igual de claras.

-Y seguiré haciéndolo.

En ese momento sonó la alarma del móvil de Martina.

Miró la pantalla.

-Mis cinco minutos han terminado.

Se levantó.

Fernando también.

-¿Podemos volver a hablar?

Ella se colocó la acreditación de la feria.

-No lo sé.

-¿Ni siquiera como amigos?

Martina lo observó unos segundos.

-Los amigos no se humillan.

Aquellas palabras atravesaron el pecho de Fernando.

Ella se dio la vuelta y se alejó entre los pasillos de la feria sin mirar atrás.

Fernando permaneció inmóvil.

Por primera vez comprendió que pedir perdón era solo el principio. Recuperar la confianza de una mujer como Martina iba a exigir mucho más que unas cuantas palabras.

CAPÍTULO IV

Martina atravesó el pabellón con el teléfono en la mano, fingiendo leer algo que no le importaba. Lo hacía bien: lo de parecer concentrada cuando en realidad la cabeza estaba en otra parte.

Había sido breve. Café, charla, una disculpa.

Ella había escuchado sin interrumpir. Y no había respondido salvo que las palabras no se olvida

Ni reproche, ni perdón, ni alivio.

Solo un silencio largo, de esos que pesan más que cualquier frase.

Dijo lo que tenía que decir, claro y sincero. Porque si abría más la boca, se le escaparía algo que no quería nombrar.

Y ella no venia a Madrid a complicarse.

Venía a cerrar tratos.

A sobrevivir a ferias.

A no desviarse.

El stand la reclamó antes de que pudiera seguir pensando.

-Martina, los de la exportación están esperando- le avisó, uno de los chicos.

-Voy- dijo ella, automáticamente.

Y siguieron caminos diferentes.

Fernando, al stand de su compañero arquitecto.

El café ya estaba frío.

Su compañero lo miro de reojo.

-No te ha salido muy bien lo de “te invito y te conquisto”, ¿no?

Fernando soltó una risa breve, sin humor.

-No era eso.

-Claro que no.

-Se ha ido sin decir nada.

-Eso también es una respuesta.

Él no contestó.

Porque lo peor no era el silencio. Era la sensación de que ese silencio no era vacío... sino decisión.

...

Horas después, el palacio de Congresos empezaba a vaciarse.

Martina firmaba documentos, sonreía a clientes, respondía preguntas técnicas. Todo perfecto. Todo controlado.

Pero cada vez que levantaba la vista, sin querer buscaba algo.

O a alguien.

Y no estaba.

Ni una segunda mirada.

Ni una casualidad.

Ni una excusa.

Solo la feria cerrando, luces bajando, ruido apagándose.

...

En el aparcamiento, ya al final del día, Fernando salió con la carpeta bajo el brazo. Se detuvo antes de llegar a su BMW.

Miró hacia atrás.

El pabellón seguía iluminado

Y entonces lo entendió comuna claridad incómoda:

Martina no se había ido enfadada.

Se había ido igual que había llegado al café.

Sin dejarse agarrar.

Arrancó el coche.

Y mientras salía del recinto, no pudo evitar sonreír con ironía.

-Vale...- murmuró- Esto no ha terminado.

...

El segundo día de la feria del aceite, amaneció con el mismo bullicio de la inauguración.

El pabellón olía a aceite recién servido, café y trajes recién planchados.

Martina llegó antes de las nueve. Llevaba un traje color verde aceituna, el pelo recogido y una pequeña aceituna de plata prendida en la solapa. Saludó a su gente, revisó la botellas de la nueva cosecha, repusieron los chicos las que faltaban y se habían vendido el día anterior y se dispuso a recibir las visitas del día.

Había decidido una cosa: si veía a Fernando, que era lo más probable, lo trataría con la misma educación que a cualquier otro visitante. Ni más. Ni menos.

A las once y media apareció.

No llevaba casco ni chaqueta e cuero, evidentemente. Llevaba un traje azul marino que le hacía parecer más arquitecto que motero.

Martina lo vio acercarse por el rabillo del ojo.

-Buenos días.

-Buenos días, Fernando.

Aquella distancia dolía más que cualquier reproche.

Él cogió un botella del expositor.

-¿Puedo probar el picual temprano?

Ella misma le sirvió, mirando a las chicas, como diciendo, yo le sirvo.

Ella eligió unas gotas y una rebanadita de pan, lo roció y con una servilleta, se lo dio a probar.

Fernando lo observó como si supiera realmente distinguir aromas.

-Sigue oliéndome a aceite.

Martina levantó una ceja.

-Menos mal. Me habría preocupado de que oliera a gasolina.

Él soltó una carcajada.

-Eso ha sido un golpe bajo.

Los arquitectos sois resistentes.

Por primera vez desde lo de Ciudad Real, los dos sonrieron al mismo tiempo.

En ese momento llegó un importador italiano.

-¿Señorita Moreno?

Martina cambio de registro al instante.

-Encantada. Pasen, por favor.

Durante casi veinte minutos, explicó variedades, cosechas, premios y exportaciones con una seguridad que dejó a Fernando impresionado.

No era la chica divertida que recorría España en moto.

Era una empresaria brillante.

Cuando terminó la reunión, él seguía allí a cierta distancia.

-No sabía que hacías todo eso tú.

-Hay muchas cosas que no sabes de mí.

La frase no sonó borde.

Sonó triste.

Fernando bajó la mirada.

-Lo sé.

Hubo un silencio incómodo.

-¿Comes aquí?- preguntó él.

Martina dudó apenas un instante.

-Sí... cuando puedo.

-Pues si coincidimos en la cafetería, prometo hablar solo de aceite. Estoy en un stand con un compañero. Donde están las herramientas y demás.

Ella lo observó unos segundos.

-¿Y de motos hablas?

-Solo si tú empiezas.

-Martina sonrió apenas lo suficiente para que él lo notara.

-Ya veremos arquitecto.

Se dio la vuelta para atender a otro cliente.

Fernando se marchó sin insistir.

Desde aquella discusión en Ciudad Real, ninguno de los dos sintió que el otro se alejaba.

Sino que, muy despacio, empezaban a recorrer el mismo camino otra vez.

...

A mediodía, la cafetería del recinto estaba llena. Ejecutivos con acreditaciones al cuello, periodistas, productores y compradores ocupaban todas las mesas.

Martina entró con la intención de comer algo rápido. Llevaba toda la mañana de pie y apenas había tenido un minuto libre ni había podido sentarse un minuto en su pequeño despacho. Abierto en el stand.

Miró alrededor.

Solo quedaba una silla libre.

Frente a Fernando.

Él levantó al vista al verla y sonrió con cautela y se la señaló.

Martina se sentó frente a él.

-Prometí hablar solo de aceite.

Martina dejó la bandeja sobre la mesa.

-Y yo prometí que ya veríamos.

Durante unos segundos los dos se concentraron en la comida, como si ninguno quisiera ser el primero en romper el silencio.

Al final fue Fernando.

-Ayer te pedí perdón... pero creo que me quedé corto.

Ella dejó el tenedor sobre el plato.

-No quiero pasarme la semana hablando de Ciudad Real.

Él la miró sorprendido.

-¿Eso significa...?

-Significa que estoy para trabajar. Y que no pienso estropear una buena feria por una concentración de motos.

Fernando respiró con alivio.

-Me conformo con eso.

La conversación cambio de rumbo.

Hablaron de la feria, de los visitantes extranjeros y de las ocurrencias de algunos compradores.

-Un señor me ha preguntado si el aceite de oliva se hace prensando aceitunas verdes o rellenando botellas con aceite de girasol y colorante.

Fernando soltó una carajada tan sonora que varias personas se giraron.

-No te rías, lo decía completamente en serio.

-¿Y qué le has contestado?

-Que si encontraba un olivo que diera botellas, le compraba toda la cosecha.

Esta vez se rieron los dos.

Era una risa limpia, sin tensión.

Cuando terminaron de comer, salieron juntos hacía el pabellón.

En la puerta, un periodista, los confundió con una pareja.

-Perdón, ¿una foto para la feria?

Los dos respondieron la mismo tiempo.

-No.

-Sí.

Se miraron.

Martina empezó a reír.

Nos hemos coordinado fatal.

El fotógrafo sonrió.

-Pues ahora sí que parecen una pareja.

Fernando levantó las manos.

-No le haga caso. Esta señorita solo me soporta cinco minutos al día.

Martina lo miro de reajo.

-Diez. Hoy has batido tu récord.

-¿Mañana puedo intentar llegar a quince?

Ella echó a andar hacía su stand sin responder.

Pero antes de perderse en los expositores, giró ligeramente la cabeza.

-No llegues tarde a comer, arquitecto.

Fernando se quedó inmóvil unos segundos.

Aquello no era una cita.

Pero tampoco era una casualidad.

Pero siguió hacía su stand con la sensación de que la semana de la feria podría cambiar muchas más cosas que un contrato de aceite.

Aquella tarde transcurrió entre reuniones, catas y tarjetas de visita. Todos ponían su grano de arena. No paraban.

Martina apenas tuvo tiempo para beber un vaso de agua. Cada vez que levantaba la vista, veía para a Fernando por algún pasillo del pabellón con algún cliente.

Él tampoco parecía buscarla de forma descarada. Cuando coincidían, bastaba con un gesto con la cabeza o una sonrisa breve.

Al cerrar al jornada, cerca de las siete, los expositores empezaron a recoger.

Martina guardaba unos folletos cuando escuchó una voz conocida.

-¿Necesitas ayuda?

Era Fernando.

La recogen los chicos, yo solo las carpetas y nada más. Toma estas.

Él las cogió sin protestar.

Mientras caminaban a la salida, la conversación volvió a ser ligera.

-¿Qué haces cuando no estás recorriendo media España en moto?- preguntó Fernando.

-Trabajar. Mi padre dice que los olivos no entienden de vacaciones.

-El mío decía que los planos tampoco.

Martina sonrió.

-Entonces hemos tenido infancias parecidas.

Al llegar a la puerta principal, el aire de la tarde, les dio un respiro después de tantas horas bajo la iluminación del recinto.

-¿Vas al hotel?- preguntó él.

-Sí.

-¿Taxi?

-He traído mi coche y ¿tú?

-Taxi.

-Venga te llevo, mi hotel está en la Gran Vía.

-¿En serio?

-Sí, en serio, vamos. Tardo diez minutos en dejarte. No tengo malas intenciones, solo te hago un favor.

Y le sonrió.

Martina lo observó unos segundos.

Como conduzcas igual que me dijiste en Ciudad Real, me bajo en el primer semáforo.

-Desconfiado- y sonrió.

Subieron al Audi de Martina.

Durante el trayecto, hablaron de Madrid, del tráfico y de las diferencias con las carreteras de Jaén.

Cuando llegaron al hotel, ella detuvo el coche frente a la entrada. Una calle más abajo vivía él.

Ninguno hizo ademán de bajarse.

-Gracias por traerme Martina.

-De nada. Mañana no esperes a que quede solo una mesa libre.

Fernando arqueó una ceja.

-¿Eso ha sido una invitación?

-No te emociones. Ha sido una sugerencia..

-Las sugerencias de la Dama de la Carretera no se discuten.

Ella negó con la cabeza divertida.

-Buenas noches arquitecto.

-Buenas noches, motera.

Martina metió el coche en el garaje del hotel y subió a su habitación con una sonrisa que llevaba demasiado tiempo sin aparecer.

Y Fernando mientras caminaba la Avenida abajo para volver a casa, comprendió que el verdadero viaje de aquella semana no estaba sobre dos ruedas, sino en recuperar la confianza de la única mujer que le había hecho desear bajarse de la moto para caminar a su lado.

CAPÍTULO V

El tercer día de la exposición, Madrid amaneció envuelta en un cielo que amenazaba lluvia. Martina llegó temprano al recinto. Como siempre impecable: traje color azul marino, blusa blanca y un pañuelo de seda anudado al cuello.

Desde primera hora, atendió a distribuidores y compradores con la seguridad que la caracterizaba de quien lleva media vida entre olivos.

Fernando la vio desde el otro extremo del pabellón.

No se acercó.

Había entendido que insistir demasiado solo conseguiría que ella volviera a levantar un muro. Así que se limitó a pasar cerca del stand cuando el trabajo lo llevaba por allí.

A mediodía Martina salió unos minutos a tomar el aire. Necesitaba despejarse.

-¿Qué tal las ventas?- preguntó a su espalda una voz.

Se giró.

Fernando sostenía dos cafés.

-No te preocupes, este no es un soborno. El otro es para mí.

Martina lo miró unos segundos.

-Entonces puedes quedarte con los dos.

Él sonrió.

-Ya imaginaba esa respuesta.

Dio un sorbo al suyo y se quedó a su lado, apoyado en la barandilla, mirando el ir y venir de la gente.

-Hoy no voy a pedirte que comamos juntos.

-No importa.

-Despacio, pero aprendo.

Ella no pudo evitar sonreír de lado.

Fue apenas un instante, pero Fernando lo vio.

-Eso ha sido una sonrisa.

-No te emociones. Igual me estaba acordando de otra cosa.

-Déjame vivir de ilusión, mujer.

Martina negó con la cabeza.

-Eres imposible.

-Eso dicen en el bufete.

Durante unos minutos, hablaron de aceite, de arquitectura y de motos. Nada personal.

Ni una palabra sobre teléfonos.

Ni sobre Ciudad Real.

Cuando regresaban al pabellón, una señora mayor, tropezó con el borde de una alfombra. Martina enseguida reaccionó, pero Fernando llegó un segundo antes y la sujetó para evitar que cayera.

La mujer les dio las gracias con una sonrisa.

-¡Qué bonita pareja hacéis!

Los dos se quedaron completamente inmóviles.

Marina fue la primera en reaccionar.

-No somos pareja

-Todavía no...- murmuró la mujer con una sonrisa pícaro antes de alejarse.

-Como digas una sola palabra...

Él levantó las manos.

-Ni se me ocurriría.

Pero mientras entraban a la feria, ambos llevaban una sonrisa que ya no pudieron esconder.

Y algo dejó de ser incómodo entre ellos. Empezaba a parecerse a lo que hay entre dos personas que aún tienen muchas cosas por descubrir.

La tarde del tercer día fue aún más intensa que la mañana.

El stand de la almazara de Martina era tan atrayente que no dejó de recibir visitas. Un importador alemán quería exclusividad para uno de sus aceites premium. Una cadena de tiendas gourmet francesa pidió una cata privada para el día siguiente.

Martina se movía con soltura entre reuniones, cifras y degustaciones. Era evidente que no estaba allí por ser la hija del dueño.

Dominaba el negocio.

Desde un pasillo cercano, Fernando la observó unos segundos.

-Así que esa era la famosa Martina... comento uno de los expositores madrileños, en concreto su amigo el arquitecto al que le estaba haciendo un favor esa semana.

-Sí.

-Tiene carácter.

Fernando sonrió.

-Más del que imaginas.

Al terminar al jornada, los altavoces anunciaron el cierre.

Martina guardó los últimos catálogos y cerró el ordenador portátil. Soltó un suspiro largo.

-Día terminado

-¿Seguro?- pregunto una voz conocida.

-Levantó la vista

Fernando esperaba a unos metros con las manos en los bolsillos. No invadía su espacio. Solo la esperaba.

-¿Qué pasa ahora?

-Nada voy hacía la Gran Vía.

-¿Quieres que le acerque como ayer?

-Si puede ser, si no tomo un taxi.

-Puede ser, claro.

Salieron juntos del recinto y él hizo alusión a su coche.

-Me gusta.

-¿Qué tienes tú?

-¿Un BMW.

-¿Te pega?

-Sí, es un coche de hombres...

-¡Qué tonto eres...! Y él se rio.

En el corto viaje, hablaron de todo un poco, de lo que hacía él en el stand, de ayudar a un amigo.

Y cuando lo dejó antes de meterlo en el parquin del hotel, le dijo:

-Fernando...

Él se volvió.

-Gracias...por no insistir.

Él sonrió con serenidad.

-Creo que empiezo a entender como funciona la Dama de la Carretera.

Al subir en le ascensor, tras aparcar el coche, Martina se sorprendió pensando que, si él seguía así, quizá llegaría el día en que lo desbloquearía.

No hoy.

Ni mañana.

Pero por primera vez, la idea ya no le parecía imposible.

...

La semana pasó deprisa.

Entre reuniones, catas, contratos, Martina cerró dos acuerdos importantes para la fábrica familiar.

Sus hermanos la llamaban cada noche y su padre.

-Sabíamos que ibas a hacerlo muy bien- decía su hermano mayor Luis.

Ella sonrió.

-Ahora dejadme descansar cuando vuelva.

Durante esos días Fernando no volvió a pedirle un café.

Ni una cena.

Ni siquiera que lo desbloqueara.

Coincidían por los pasillos, hablaban diez minutos cuando podían y, alguna tarde, ella lo acercaba al hotel.

Sin prisas.

Sin expectativas.

Algo estaba cambiando.

No era confianza todavía.

Pero ya no había desconfianza.

El domingo a las doce y media, los altavoces anunciaron el cierre de la exposición.

Los expositores comenzaron a desmontar los stands.

Las cajas sustituían a las botellas perfectamente alineadas.

Los pasillos iban quedándose vacíos.

Martina cerró el último embalaje mientras los chicos lo llevaban todo a la furgonetas y ella firmó la recogida de la mercancía.

-Se acabó.

-Se acabó- repitió Fernando que había aparecido con dos botellas de agua.

Ella acepto una.

-Gracias.

-Se quedaron mirando el pabellón casi vacío.

-¿Cuándo vuelves a Jaén?

-Esta tarde. En cuando pase por el hotel, me doy una ducha, descanso media hora y comeré por el camino cuando salga de Madrid.

-Buen viaje.

Parecía que todo iba a terminar así.

-Tengo un regalo para ti. Por los cafés.- dijo ella

-¿Ah sí?

Y le regaló una garrafa de aceite de cinco litros.

-¿En serio?

-No voy a arruinarme Fernando.

-Muchas gracias. Ninguna mujer me ha regalado aceite.

Todo acaba.

Sin grandes declaraciones.

Sin besos.

Sin promesas.

Entonces Fernando dejó el aceite en el suelo y metió la mano en el bolsillo de la americana.

Ella lo miró con cierta prevención.

Él sacó una pequeña tarjeta.

-No es mi teléfono.

Martina levantó una ceja.

-Es la dirección de mi estudio de arquitectura... y mi correo profesional. Como sigues teniendo el bloqueado, si algún día necesitas algo... o simplemente te apetece hablar, ya sabes dónde encontrarme.

No hizo ademán de acercarse más.

Simplemente dejó la tarjeta sobre una de las cajas de cartón de aceite.

-No tienes que cogerla.

Y se marchó.

Sin esperar respuesta.

Martina permaneció inmóvil unos segundos.

Miro la tarjeta.

Después el pasillo por el que Fernando acababa de desaparecer.

La cogió despacio y la guardó en el bolsillo interior de la chaqueta.

No significaba que fuera a escribirle.

Solo significaba que por primera vez, desde lo que pasó en Ciudad Real, ya no quería perder la posibilidad de hacerlo.

Y, sin saberlo ninguno de los dos, ese pequeño gesto valía mucho más que un número de teléfono desbloqueado.

...

El bullicio de la feria de Madrid, ya era un recuerdo.

Martina había regresado a Jaén. El lunes directamente a la fábrica. Apenas cruzó la puerta, sus dos hermanos la recibieron con una sonrisa.

-Lo has bordado.

Los números hablaban solos. Habían cerrado acuerdos con nuevas cadenas de gourmet, conseguido varios distribuidores en el norte de España, algunas importaciones de gran calado y vendido más aceite del previsto.

Su padre orgulloso, levantó una botella de la mejor cosecha.

-Esta vez el mérito es tuyo.

Ella sonrió con esa mezcla de satisfacción y modestia que la caracterizaba.

Durante las siguientes semanas volvió a su rutina: reuniones, nóminas, contabilidad, pagos, compras que les pasaban su hermanos, visitas a olivares para salir a airarse, catas de aceite...y, cuando llegaba el viernes, ponerse al día de esa semana, desaparecía con su moto por alguna carretera de Andalucía.

No volvió a pensar demasiado en Fernando.

O, al menos eso intentó..

Su número seguía bloqueado.

Más de una noche abrió su lista de contactos, dejó el dedo sobre su nombre y estuvo a un segundo de pulsar “desbloquear”.

Nunca lo hizo.

...

En Madrid, Fernando tampoco encontraba paz.

Trabajaba en el estudio de arquitectura de su familia en un proyecto nuevo, visitaba obras, firmaba otros proyectos... pero cada vez que veía una moto blanca y verde parecida a la de Martina, giraba la cabeza.

Había escrito decenas de mensajes que nunca puso enviar.

“Perdón”

“¿Cómo estás?”

“Solo quiero tomar café”

Todos acababan borrados.

Una tarde incluso abrió el contacto de Martina.

Su dedo quedó suspendido en la pantalla.

-Vamos, hazlo...

Pero recordó la frialdad con la que ella se había marchado de la feria.

Cerró el móvil.

Si quiere volver a verme... será ella.

Mentía.

Sabía perfectamente era él el quien deseaba verla.

...

Un viernes por la tarde, uno de sus amigos moteros, llamó al grupo.

-¡Sevilla! Concentración en el polígono Industrial La Negrilla este fin de semana. Música, ruta, exhibiciones y más de mil motos. Hay dos restaurantes a tope al lado, terrazas.

Fernando respondió casi sin pensar.

-Voy.

Mientras tanto, en Jaén...

Uno de los trabajadores de la almazara dejó un cartel sobre la mesa de Martina.

-¿No vas a esta?- le dijo.

-¿Cuál?

La concentración de Sevilla.

Martina cogió el cartel.

Sonrió.

Hacía exactamente un mes que ni veía a Fernando.

No tenía ni la más mínima idea de que él también había decidido ir.

-Hace tiempo que no salgo a concentraciones- murmuró.

Miró por la ventana

Su Kawasaki descansaba esa mañana bajo el sol.

-Creo que ya toca saludar a todos.

La carretera , una vez más, estaba a punto de cruzar los caminos de la Dama de la Carretera y del arquitecto madrileño.

Pero ninguno de los dos imaginaba que el destino iba a ponerlos frente a frente de nuevo cuando menos preparados estaban. Y esta vez, no habría café de cinco minutos para esconder lo que sentían.

...

El sábado por la mañana, el rugido de miles de motores llenaban el recinto.

Harleys, BMW, Ducati, Honda, Yamaha, Triumph.

El olor de gasolina llenaba el aire.

Fernando acaba de aparcar con sus amigos.

Casi al mismo tiempo por la otra entrada, Martina apagó el motor de su Kawasaki y se quitó el casco.

Los dos estaban allí.

A menos de trescientos metros.

Sin saberlo.

El destino, paciente, parecía sonreír.

Porque esta vez no habría una feria, ni un café ni cinco minutos.

Solo una multitud... y una segunda oportunidad esperando el instante adecuado.

El sol de Sevilla ya calentaba el asfalto cuando la concentración alcanzó su punto álgido. El recinto era un hervidero de motores, chaquetas de cuero y conversaciones entre viejos conocidos.

Martina caminaba despacio entre los puestos de accesorios. Vaqueros, botas, camiseta blanca y una cazadora ligera sobre el brazo. Saludaba a la gente de otras concentraciones; la conocían como la Dama de la Carretera y la saludaban como:

-¡Ey Dama, ¿Qué tal?, hace que no te vemos...

Ella saludaba y decía...

-Mucho trabajo ahora...

Y siempre charlaban o encontraba alguna sonrisa o saludo entre los moteros y se preguntaban entre ellos.

-¡Martina! ¿La ruta de Sierra Nevada la final la hiciste sola?

-Claro. ¿Con quién sino?- respondió riendo.

Al otro lado del recinto, Fernando observaba una Harley clásica restaurada. Sus amigos discutían sobre escapes y suspensiones, pero él estaba distraído.

Tenía una extraña sensación.

Como si aquel lugar escondiera algo más que motos.

En ese mismo instante, Martina se detuvo frente a un expositor de cascos.

Levantó un negro mate y se lo probó delante de un espejo.

Apenas unos metros más allá, Fernando salió del puesto de al lado con un café en la mano.

Los separaban menos de diez metros.

Ella dejó el casco.

Él dio dos pasos.

Un grupo de moteros pasó entre ellos riéndose y haciéndose fotos.

Cuando el grupo de apartó, ya Martina caminaba en otra dirección.

Fernando frunció el ceño. Había jurado ver esa cola de callo negra y larga que le resultaba demasiado familiar.

Giró la cabeza.

Nada.

-¿Vienes o qué?- gritó uno de sus amigos.

-Sí...ya voy.

Pero por primera vez en semanas, sintió que el corazón le latía demasiado deprisa.

Mientras tanto, Martina, ajena a todo, se sentó en una terraza del recinto con una botella de agua.

Observó el ir y venir de cientos de motos y sonrió.

-Qué paz... entre tanto ruido.

No sabía que, a apenas cincuenta metros, Fernando acababa de sentarse en otra mesa, de espaldas a ella.

El destino seguía jugando con ellos.

Pero no durante mucho más tiempo.

Porque esa misma tarde comenzaría la ruta organizada por los alrededores de Sevilla... y por un simple sorteo de salida, sus motores acabarían uno de tras de otro.

CAPÍTULO VI

A las cuatro de la tarde, el calor empezaba a dar una tregua, los participantes se reunían junto al arco de salida mientras la organización llamaba a los moteros por grupos.

-Grupo quince... Preparados.

Martina se colocó el casco y arrancó su Kawasaki. El ronroneo del motor le dibujó una sonrisa. Aquello era lo que más le gustaba: la carretera, el viento y la libertad.

Un voluntario levantó al mano.

-¡Grupo dieciséis!

Víctor avanzó con su moto hasta la línea de salida. Miró alrededor sin demasiado interés mientras esperaba la señal.

Entonces, por un ajuste de la organización, un monitor se acercó.

-Vamos a mezclar los grupos para que no haya tanta separación.. Tú, con la moto Negra, ponte detrás de la Kawasaki negra y verde.

Fernando obedeció.

No podía ver el rostro de la motorista. Solo la moto igual que la de Martina y la coleta que le salía debajo del casco. Y sobre todo al pequeña pegatina de la aceituna en la maleta lateral.

Era demasiada coincidencia. Pero ya no pensó más.

El monitor dio la salida.

Las motos comenzaron a rodar.

Martina disfrutaba curva con la suavidad de quien lleva miles de kilómetros sobre dos ruedas. De vez en cuando miraba el retrovisor. La moto que iba detrás mantenía siempre la misma distancia, sin agobiarla, con una conducción elegante.

-Conduce bien... pensó.

Fernando también la observaba.

Aquella forma de inclinar la moto...

La manera de levantar la mano para saludar a los moteros que venían de frente.

Había visto estos gestos antes.

Su corazón empezó de nuevo a acelerarse.

No podía ser...

La ruta hizo una parada en un mirador sobre el río, las motos fueron aparcando una tras otra.

Martina bajó primero, apagó el motor y comenzó a quitarse los guantes.

Fernando aparcó justo detrás.

Se quitó el casco.

Ella aún estaba de espaldas.

Respiró hondo.

-Martina...

Ella se quedó inmóvil.

Reconocería aquella voz entre miles.

Cerró los ojos un segundo antes de girarse lentamente.

Los dos quedaron frente a frente, rodeados por decenas de moteros que seguían hablando sin prestarles atención.

Había pasado exactamente un mes desde la feria de Madrid.

Y por un instante, ninguno de los dos tenía una multitud que los empujara a seguir caminando. Solo el silencio... y todo lo que aun quedaba por decir.

Martina lo miró unos segundos a los ojos.

No sonrió.

Pero tampoco apartó la vista.

-Hola, Fernando.

Él dejó el casco sobre el asiento de la moto.

-Hola.

El silencio volvió a instalarse entre los dos, alrededor, otros moteros hacían fotos al paisaje o comentaban la ruta ajenos a lo que ocurría.

-No esperaba encontrarte aquí.

-Yo tampoco.

Martina cruzó los brazos.

-Andalucía es grande.

Y aún así, siempre acabamos coincidiendo.

Ella dejó escapar una leve sonrisa, tan breve que casi pasó desapercibida.

-Eso parece.

Fernando dio un paso sin invadir su espacio.

-¿Sigues teniéndome bloqueado?

Martina lo miró directamente.

Sí.

Él asintió.

-Me lo merezco.

No hubo reproche en su voz, solo aceptación.

-No voy a pedirte que me desbloques. Solo quería saberlo. Porque te juzgué sin conocerte. Creo que te he pedido perdón suficiente, como me lo he pedido a mí.

-No te he perdonado todavía.

-No hace falta, Martina. Espero que te vaya bien.

Fernando dio por concluido, lo que quiera que fuese que tuvieran, apenas dos ratos de sexo. Y pese a que le doliera en el alma y que esa mujer lo descolocara, no iba a insistir más. Era orgullosa y su tiempo era oro. Tenía ya treinta y cinco años y no iba a esperar que ella tardara años sin perdonarlo. Al carajo, como decían en Sevilla. De todas formas, eso no llevaba a ningún lado.

Así que se puso el casco y se retiró de ella que se quedó allí plantada y se fue con su grupo.

Y allí lo vio con algunas chicas, entre ellas una que lo besó en los labios. Se hicieron fotos y Martina se quedó con ganas de llorar a mares.

Arrancó la moto y se fue a Jaén, a su casa.

Llegó de noche. Se dio una ducha y se durmió llorando porque le gustaba tanto... había sido demasiado tiempo.

Demasiado perdón.

Y eso un hombre como Fernando, por muy educado que fuese y paciente. Había llegado a su límite.

Y ella lo había perdido.

Y comprendió que si lo hubiese desbloqueado en la feria. Ahora todo sería diferente.

Le dio al botón de desbloqueo.

Pero él no la llamó.

Ni un mensaje.

Ni un semana.

Ni un mes.

Ni dos meses.

...

Cinco meses.

Cinco meses desde aquella concentración de Sevilla.

Cinco meses desde que Fernando, cansado de pedir perdón, le dijo simplemente:

-Sé feliz Martina. Que te vaya bien la vida.

Ella lo había visto marcharse entre risas con su grupo de amigos. Una chica le dio un beso antes de ponerse el casco.

Martina sintió un nudo en el estómago que aún le dolía cuando lo recordaba como ahora. Pero ya era tarde. Se marchó hacía Jaén Llorando dentro del casco.

Aquella misma noche lo había desbloqueado y había esperado, meses y nada.

Y poco a poco comprendió que había aceptado su despedida.

...

La vida siguió.

La fábrica de aceite atravesaba uno de sus mejores momentos. Los contactos conseguidos en Madrid habían abierto nuevos mercados y Martina estaba completamente volcada en el trabajo. Sus hermanos bromeaban diciendo que vivía más entre olivos que en casa.

Pero algunas noches, antes de dormir, abría el móvil.

El wasap seguía ahí.

Vacío de él.

Sin un solo mensaje nuevo.

...

A más de trescientos kilómetros, en Madrid, Fernando recibió una noticia inesperada.

Su padre se acercó a su despacho.

-Tenemos un proyecto importante en Jaén. Rehabilitación de un antiguo edificio para convertirlo en sede de varias empresas. Durará unos seis meses.

Él sonrió.

-Perfecto, buscaré un piso allí. Cerca del edificio. Si me das todos los datos... y el padre de dejó una gran carpeta encima de la mesa.

-El mes que viene.

-Perfecto. Me queda medio mes. Y medio para acabar el proyecto que tengo entre manos.

-Termínalo antes. Diez días.

-Papá...

-Tú puedes.

-Está bien, trabajaré el fin de semana.

No pensó en Martina.

Bueno... sí pensó durante unos segundos.

Después cerró aquella puerta en su cabeza.

Había iniciado su vida después de Martina. No tenía chica fija pero sí que se había acostado con tres al menos. Como antes de conocerla. Y ninguna era como ella.

...

Dos semanas después...

Sábado. Ya estaba instalado en Jaén.

Centro comercial Jaén Plaza.

-Fernando empujaba un carrito lleno de cosas para el apartamento: una cafetera, sábanas, un juego de platos, una lámpara de pie y varias plantas pequeñas.

Parecía un arquitecto intentando decorar un hogar provisional.

Salió de la tienda mirando el recibo.

Al levantar la cabeza...

El tiempo se detuvo.

A unos veinte metros.

Martina.

Vaqueros claros.

Top blanco sin mangas.

Gafas de sol sobre el pelo.

Varias bolsas en las manos.

Ella también levantó la vista.

Los dos se quedaron completamente quietos.

No esperaban encontrarse ni de lejos.

No allí.

No así.

Martina fue la primera en reaccionar.

Camino despacio hacía él.

-Hola... Fernando.

Él sonrió con una tranquilidad que ella no recordaba.

-Hola, Martina..

Silencio.

-¿Qué haces en Jaén?

Fernando levantó ligeramente unas bolsas.

-Me han destinado aquí unos meses. Un proyecto.

Ella abrió mucho los ojos.

-¿Aquí?

-Sí, he alquilado un piso cerca del centro.

Martina soltó una pequeña risa nerviosa.

-Vaya... pues... bienvenido.

-Gracias.

Otro silencio.

Ninguno sabía cómo despedirse.

Fernando dio un paso para continuar su camino.

Entonces escucho su voz.

-¡Fernando!

Se volvió.

Martina respiró hondo.

-Aquella vez... en Sevilla...

Bajó la mirada.

-Fui muy orgullosa.

Él esperó.

-Debí perdonarte cuando me pediste perdón... no cinco meses después.

Fernando la observó unos segundos.

No había reproche en sus ojos.

Solo calma.

-Ya pasó, Martina.

Aquellas tres palabras le atravesaron el pecho.

Porque entendió algo que hasta ese instante no había querido aceptar.

Él ya no estaba esperándola.

Y por una vez desde que se conocieron, fue ella quién sintió miedo de perderlo para siempre.

Y mientras Fernando retomaba el camino con el carro, Martina se quedó inmóvil, viendo como se alejaba.

Sin embargo, una pequeña sonrisa apareció en sus labios.

Esta vez..., no iba a dejar que el orgullo decidiera por ella.

...

Esa misma noche ella le envió un mensaje.

-Hola Fernando. ¿Qué haces mañana?

-Pues pensaba descansar y ver los planos. Empiezo el lunes.

-¿Te apetecería ver una fábrica de aceite de cerca? ¿Cortijo y tierras incluidos? Por supuesto te invito a desayunar antes.

Fernando dudó. ¿Era un perdón de su parte que no necesitaba o era en son de paz?

-Está bien, me apetece salir después de estos días de colocar todo. ¿Moto o coche?

-¿Te has traído la moto?

-Son seis meses Martina. No puedo dejar a mi niña seis meses sola. El coche también.

Y ella rio.

-Pues moto entonces. Te mando la ubicación. ¿A las diez te parece bien?

-Perfecto, que descanses.

No le dio tiempo a más.

Y ella colgó ante su respetuosidad.

-Tenía que ganar lo perdido, a no ser que estuviese con otra.

Y entonces envió un último mensaje.

-Si tienes alguna chica olvida la invitación.

-Estaré a las diez- dijo él.

Y no supo por qué, eso le encantó. Aunque sabía que podía haber tenido sexo. Ella no lo tuvo.

A las diez en punto, Fernando estaba en el portal del recinto de casitas dónde ella vivía.

Se quitó Fernando el caso poniendo la moto al lado de la suya.

-¿Vives aquí?

-Sí, me encanta. A la vuelta te enseño mi casa. Es un recinto privado y cerrado. Tenemos piscina individual y pádel comunitario. Son 20 casas independientes. No demasiado grandes, pero me encanta. Dos garajes y en la entrada garajes abiertos para visitantes.

-Me gusta el sitio.

-¿Desayunamos?

Estoy muerto de hambre.

-¿Ves aquella cafetería a la salida?, antes de salir a la carretera. Aparcaremos allí. Las tostadas con jamón y tomate son las mejores.

-Vamos.

Aparcaron las motos y entraron en la cafetería.

-¿Qué hay Paco?

-Buenos días mi niña, ¿a quién me traes? Siempre vienes sola.

-Un motero amigo mío de Madrid. Fernando.

-Bienvenido a Jaén- le dijo Paco mirando ese tipo tan grande.

-Gracias. ¿Por placer o trabajo?

-Lo segundo. Unos meses.

-Es arquitecto.

-¿Lo de todos los días Martinilla?

Y ella se rio.

-Sí.

-¿Y al madrileño qué le ponemos?

-Igual que a ella.

-Vamos a sentarnos.

Y se sentaron frente a frente.

-¿Cómo te ha ido estos meses?

-Bien, Martina, trabajo y salir en moto.

-¿Chicas?

-¿Celosa?

-Quizá.

-¿La Dama de la Carretera?. No lo creo. Ya sabes que relaciones largas no tengo, alguna noche, sí las ha habido.

Y ella sí que sintió celos.

-¿Y tú?

-Nada desde Ciudad Real. No he querido.

-Bueno y ¿qué has venido a hacer?

Y él le explico lo que iban a hacer, el edificio y los locales. Creo que serán cinco meses, si no se retrasa.

Paco les puso el desayuno.

-¿Tú sigues en tu fábrica?

-Sí, claro. Hoy estará el guardia. Y un par de chicos nada más. Por si vienen a comprar.

Espero que te guste.

CAPÍTULO VII

La fábrica le apreció enormemente grande, moderna.

Ella le enseñó todo, cómo se hacía la producción, su despacho, cómo trabajaba, la sección de ventas. La prensadora, etc.

A Fernando le encantó.

Demos un paseo por los olivos. Por ese camino, te cuidado, es irregular y no se llevará al cortijo. Desde lo alto, veremos las tierras. Voy a coger las llaves.

Y llegaron al cortijo.

Espera que abro. Hoy domingo no hay nadie.

-Es precioso.

-Sí, me encanta. Tiene piscina, árboles, una pequeña huerta, salas abajo, una chimenea para el invierno. Y arriba dormitorios, me encanta el cortijo.

-Los Moreno- dijo Fernando.

-Esos somos.

Le enseñó toda la casa y la azotea y desde allí le señaló todo el olivar que se perdía el horizonte. Y era de ellos.

-Eres una ricachona de cuidado.

-Eso es todo.

-¿Sí?

-¿Tú crees?- la abrazó por la cintura.

-Hace calor.

-¿Nos bañamos en la piscina?

-Si te apetece- de dijo ella...

-Me apetece y la besó en los labios y ella le correspondió.

La soltó y bajaron a la piscina.

-Desnudos.

-Fernando...

No he traído bañador, si llego a saberlo.

-Eres un perverso.

-Lo sé, me pasa eso contigo.

-Creí que estabas enfadado.

-Pero estás tan guapa que no puedo.

-Ven, -y se quitó toda la ropa y su sexo saltó duro del calzoncillo.

-¿Ahora es la Dama pudorosa?- dijo metiéndose en el agua como un pez.

Y ella se desnudó y salto al agua con él.

Fernando se acercó, ella temblaba un poco.

-Ven aquí, te he echado de menos. Cuando me dijeron que venía a Jaén...

-Ni me llamaste.

-Iba a ir a verte boba. Aún estoy casi colocando la mesa de estudio.

Se la subió a sus caderas y la besó primero suave.

Después enroscando sus lenguas.

Ella se abrazó a su cuello y él la penetró.

-Deja que muerda esos pezones, échate un poco hacía atrás.

-¡Aggg dios Fernando! Te he echado de menos. Ay dios mío.

La puso contra la pared de la piscina y la penetraba una y otra vez con un deseo ardiente.

Era ella.

La única que le hacía sentir querer no salir nunca de su cuerpo.

Martina se aferraba a sus piernas y él seguía moviéndose en ella.

El agua también se movía.

Solos.

En mitad de la nada.

Del campo.

Ella gritaba.

Él también.

Pura libertad.

Una.

Dos.

Tres.

Todo el tiempo que pudo aguantar.

Hasta que vio que ella iba a correrse y se lo dijo:

Nena córrrete, no te aguanto más... vente conmigo.

Y así con un grito final, tuvieron el clímax más libre que podían tener..

-¡Ah dios mujer! Este cortijo es... te lo compro.

-No es mío. Pero cuando no hay nadie puedo traerte y que grites, loco.

La besó y salió de ella.

-Gritar y oírte gritar me pone. Es el mejor orgasmo que he tenido. En otro sitio no puedo gritar.

Y la hundió en el agua... y al sacar la cabeza, tosió y él se reía..

-Serás...

Y empezaron a jugar, a nadar hasta que de nuevo la puso sentada al borde de la piscina.

-Abre las piernas Dama.

-Y ella lo miró y las abrió para él, para que la lamiera, la comiera, la chupara. Sabía que no había nadie como él y de nuevo gemía fuerte.

Tan fuerte.

Que se quedo en un grito y él se puso duro como una piedra.

-¡Joder cómo me pones mujer!

-Dame un segundo.

Y ese segundo fue recuperar la respiración y decir que le tocaba.

Cuando él se sentó al borde, su pene apuntaba a los olivos.

Ella lo cogió en sus manos y él tembló.

Lamio en redondo la punta y eso lo descolocaba, luego, bajaba por su geografía de hombre, lamiendo, chupando y con pequeños mordisquitos, recorriendo de arriba abajo, todo su contorno.

Y Fernando le pedía que la metiera ya en la boca, pero ella se tomaba su tiempo y eso a él le encantaba y se desesperaba porque sabía que cuando saltara por los aires, iba a quedarse sin sentido.

Y por fin...

Lo metió en su boca.

Adentro.

Afuera.

-Sí, sí, oh sí- decía él gritando, sigue nena, más rápido.

A la vez enroscaba su lengua y eso ya no lo aguanto.

-Me corro, me corro, y saltó su agua blanca a la vez que temblaba su cuerpo.

-Nena- dijo cuando recuperó los golpes en el pecho... eres buena. Y me pongo celoso, solo de pensar que pudieras hacérselo a otro.

-Desde que te conozco no se lo he hecho a nadie, pero tú sí.

-Oral no y con protección. Tampoco he dejado que me lo hicieran.

-¿Por qué?

-Llámame tonto, le decía sentados uno al lado del otro en la piscina. Me parece algo más íntimo.

-¿Más íntimo que meterla?

-Sí, soy raro, soy madrileño, recuerda.

-¡Qué bobo eres!

-¿Qué voy a hacer contigo Dama?

-Tenemos cinco meses. No pienses de momento.

-Me encanta esta piscina.

-Lo sé y lo empujo.

Y él la arrastró consigo y se rieron.

Después de un rato...

-Tengo hambre mujer. Me has dejado hecho polvo.

-Nunca mejor dicho. Vamos a comer algo fuera.

-¿Y luego?

-Te enseñaré mi casa. Pero no se puede gritar.

La miro sonriendo.

-No, allí no, a no ser que quieras dar un espectáculo. Pero puedes hacerlo muchos domingos. Y si no, hay campo.

El campo me gusta.

-¿Ahora no?

-Nunca es tarde.

Se fue con pena del cortijo.

Se secaron y se fueron al centro de Jaen a comer.

Y después a casa de Martina.

-Era preciosa y coqueta. Grande, maravillosa.

-Me encanta tu casa, es grande.

-No demasiado, pero para mí sola con cuatro dormitorios, está bien. Tiene piscina, pádel, patio... y un porchecito. ¿Quieres café?

- Aun es pronto, quiero verte desnuda de nuevo.

-¿Más?

-Más. Me has dejado solo mucho tiempo.

-Solo lo hicimos dos veces.

-Suficiente. Sácame esas tetas que te las coma.

-Loco.

-Fue a sacar agua a la nevera y él se puso detrás. Le bajo los pantalones y le subió la camiseta.

Y se sacó el miembro y empezó a pellizcarle los pezones.

-¡Ah dios estás loco!

-Sí, esa postura Dama- la envistió dese atrás. Ella cerró al nevera y se apoyo sintiendo su miembro vibrar en su interior. Con la otra mano tocaba su clitoris y ella tenía ganas de gritar de nuevo.

-¡Ah dios!, ¡ah dios Fernando!, no aguanto.

No aguant...es.

-Tenlo.

Y en dos embestidas más se corrieron de nuevo.

-¡Madre mía!

Fueron al baño, se dieron una ducha y salieron desnudos.

Se tumbaron en el sofá.

-Deja que eche una siesta, nena. No tengo ya nada dentro.

Y la agarró por los pezones y se quedó dormido en su cuello.

Ella tenía el cuerpo dolorido, pero liberado. Y con una sonrisa se quedó dormida.

Cuando despertaron, y así de lado, él no desaprovecho la oportunidad.

-No he tenido tanto sexo en un día en mi vida Dama.

Después tomaron café y él le contó qué pensaba hacer. Cenaron y él se fue.

-No me quedo esta noche, nena porque tengo que terminar de preparar todo. Pero en cuanto tenga todo organizado me vengo a dormir, si me dejas.

-Claro que te dejo.

Se despidieron con un beso y ella vio como se alejaba.

Tenía que preparar también el trabajo y la ropa del día siguiente.

Pero sabía que esos meses en que estuviese en Jaén iban a ser apoteósicos.

Después...

No quería pensar en el después. Él ya tenía casi treinta y seis años y ella iba a cumplir veintinueve.

En su casa quedó el olor de Fernando.

Y cuando se acostó, le envió un mensaje.

-Me gusta el cortijo Dama. Buenas noches.

-Buenas noches.

También le dio los buenos días. Y por la tarde a las ocho o así le preguntó si tenía cena o se llevaba.

Sin preguntar nada.

Por su cuenta.

Sonrió.

-Tengo.

Pero a la media hora apareció con su coche y llevaba comida.

...

Los días pasaron.

Los fines de semana pasaron.

Los meses pasaron.

Y los fines de semana, algunos, no todos porque Fernando o tenía trabajo o iban con la moto un día de ida o vuelta, recorrían rincones. Algunos se quedaban el sábado fuera como el que fueron Ronda o a la Sierra de Cazorla.

Subieron al Castillo, al Santuario de la Virgen de la Cabeza. Y algunos domingos si no salían iban la cortijo a la piscina donde podían gritar haciendo el amor en medio del campo.

Algunas semanas debía subir a Madrid, e iba en el coche, estaba un par de días, tres, los que hicieran falta.

Dormir, casi todos los días dormían juntos, aunque se vieran a la hora de cenar, y a veces, él se llevaba trabajo o ella se iba al piso de él si debía utilizar su mesa de trabajo.

Lo cierto es que se acostumbraron a vivir juntos.

Su padre, lo sabía. Su madre también. Como amigo se los presentó y a veces, después de ir al cortijo iban a comer a su casa. Sus hermanos estaba encantados con Fernando.

Pero el tiempo pasaba. Ella para estar con él no se pidió sino medio mes de vacaciones y cuando pasara toda la cosecha se cogería otro medio mes, para irse con él. En eso quedaron.

Ese verano Fernando no podía cogerse vacaciones. Las dejaría para noviembre y la otra mitad cuando ella acabara. Así podía irse en noviembre con ella y ella con él en abril.

Eso si todo salía como los planes que habían hecho.

Celebraron sus cumpleaños...

Y llegó octubre, mediados y él tuvo que recoger el piso, dejarlo y uno de sus empleados llevarse todo a Madrid a su piso y al estudio.

Fernando se quedó esa noche para despedirse de ella y salir en la moto, la mañana siguiente cuando ella se fuese al trabajo.

Esa noche la vio llorar.

-Vamos preciosa, si vengo el mes que viene medio mes. Si no sale algún proyecto que este me ha dejado cansado.

-Pero ha quedado bonito.

-Te voy a echar de menos Dama.

-Y yo también.

Después de hacer el amor. Pusieron el despertador y a la mañana siguiente desayunaron donde Paco y se despidieron.

-Ten cuidado.

-Siempre lo tengo.

-Y llama al llegar.

-Lo hare, preciosa, cuídate. Te llamo.

Y ella lo vio partir en su moto con lagrimas en los ojos.

Cuando desapareció. Se montó en su Audi y tomó camino a la fábrica.

Y se quedó sola.

CAPÍTULO VIII

Fernando volvió a Madrid. Su piso de la Gran Vía ahora le pareció vacío. Dejó el casco sobre la mesa, y por primera vez echó mucho de menos a alguien. Se sentó cansado en el sofá.

Miró las fotos que había en el móvil, decenas de fotos con ella de esos cinco meses, de momentos y lugares que compartieron y visitaron.

La llamó. Había llegado a las dos, iba a llamarla y a pedir comida mientras se daba una gran ducha y descansaba hasta el día siguiente.

Llamó primero a sus padres al estudio y les dijo que al día siguiente allí estaría. La chica le había planchado lavado y colocado la ropa el día anterior y la documentación ordenada en el despacho. Después de la siesta lo organizaría para llevarlo al estudio.

Así que la llamó.

-Estoy en casa.

-¿Has llegado bien?

-Sí ya estoy en Madrid, me doy una ducha, como algo y una buena siesta. Lastima que no sea contigo. Esta casa está muy vacía. ¿Y tú?

-En el despacho, Voy a salir a comer y luego me tocará otro rato hasta las siete.

-Se hace raro, Dama.

-Mucho- dijo con un nudo en la garganta.

Sin te quiero.

Sin promesas.

Porque ambos sabían que en unas semanas volverían a verse.

Durante el mes de octubre, hablaban poco, pero todos los días, y su mensaje de buenos días y buenas noches y era por la noche cuando estaban cada uno en su casa cuando charlaban.

Alguna foto. Un proyecto nuevo que él le enseñaba. Martina una del cortijo o una ruta corta en moto que hizo.

Ninguno invadía la vida del otro.

Y precisamente por ello, su relación se hacía mas fuerte.

...

A final de octubre, Fernando la llamó como cada noche.

-Martina...

-¿Qué pasa?

-Me han ofrecido dirigir otro proyecto. Seis meses. No podré ir en noviembre como teníamos previsto nena. pero es un proyecto importante.

-¿Dónde?

Fernando sonrió al otro al otro lado del teléfono.

-En Granada.

No es Jaén.

No es Madrid.

Está a poco más de una hora de Jaén.

No era una decisión tomada por amor, sino por su carrera. Pero tan cerca, parecía que el destino quería ponerlos a prueba y a darles una oportunidad.

-Me has dado un susto tremendo. Estamos cerca, aunque a primeros de diciembre voy a estar muy ocupada, quizá podamos aprovechar el cortijo algún domingo. Iré con la moto a verte. También. En invierno con el coche, que Granada tiene nieve.

-Eso es lo que me interesa.

-En la cosecha están los caseros.

-Pero los domingos son nuestros. Te voy a tener que regalar un cortijo- y él se reía.

-¿Cuándo vienes?

La semana que viene, no sé qué día. Me están buscando piso cerca del centro. Haré igual que en Jaén, me llevo la moto y el coche me lo llevan.

...

Para Martina fue una noticia alegre, porque aunque no fuese en Jaén, Granada estaba a una hora, y al menos los fines de semana podían pasarlos juntos.

Y al igual que el anterior proyecto, intentaban estar lo más tiempo posible juntos. Ella iba a Granada menos, en la cosecha que iba él a Jaén en fin de semana y se quedaba en su casa.

...

El proyecto de Granada terminó casi sin que se dieran cuenta.

Durante aquellos meses la vida encontró su propio ritmo. A veces era Fernando quien subía un viernes por la tarde a Jaén.

Otras, Martina cerraba antes de tiempo la fábrica y bajaba con su Audi o la moto.

Cuando el trabajo lo permitía, se escapaban con las motos por las Alpujarras. La sierra de Cazorla, cualquier concentración de motos o cualquier carretera secundaria donde el tiempo parecía detenerse.

No hicieron nunca promesas.

Nunca hablaron de vivir juntos.

Nunca discutieron por la distancia.

Simplemente disfrutaban de cada encuentro como si el siguiente estuviera garantizado.

Pero no lo estaba.

Cuando el proyecto de Granada acabó, Fernando regresó a Madrid. Volvió a su estudio de arquitectura, a sus clientes y a su vida de siempre. Martina por

su parte, siguió al frente de la fábrica de aceite de su padre, con la cosecha, los olivos, las ferias y las exportaciones ocupando cada día.

Seguían viéndose.

No pasaron las vacaciones prometidas, él tenía mucho trabajo.

Un fin de semana se veían en Madrid.

Otro en Jaén.

Alguna concentración motera.

Algún viaje improvisado.

Y siempre la misma despedida.

Cada uno regresando a su mundo.

Pasaron varios meses y Martina cumplió los treinta. Más adelante unos meses, él cumpliría treinta y ocho.

Una tarde de domingo, sentados en el porche del cortijo mientras el sol caía sobre el mar de olivos, Fernando rompió el silencio.

-He mirado el calendario. Dentro de dos semanas podía bajar otra vez.

Martina sonrió.

Una sonrisa dulce, tranquila.

-No.

Fernando la miró extrañado.

-¿No qué?

-No hace falta que vengas..

Él dejó la taza de café sobre la mesa.

-¿Ha pasado algo?

Ella negó con la cabeza.

-No. Precisamente ese es el problema. Nunca pasa nada.

Fernando frunció el ceño.

-No te entiendo.

Martina levantó la vista hacia los olivos.

Llevamos mucho tiempo viviendo entre despedidas. Esperando el siguiente fin de semana. El siguiente puente. El siguiente proyecto.

Hizo una pausa.

-Y ya no quiero vivir así.

Él tardó unos segundos en responder.

-Podemos seguir viéndonos.

-Claro que podemos. Pero tú seguirás en Madrid y yo aquí. Ninguno va a cambiar su vida. Y yo tampoco quiero que lo hagas por mí.

Fernando bajo la mirada.

Por una vez no encontró una respuesta fácil, ni adecuada.

-¿Me estás dejando?

Ella sonrió con una tristeza serena.

-Te estoy dejando libre igual que yo quiero ser libre.

Se acercó, le acarició la mejilla y lo besó despacio.

-Gracias por todo lo que hemos vivido.

Cogió las llaves de su coche y camino hacia la casa sin volver la vista atrás.

Fernando permaneció sentado en el porche mientras el último rayo de sol desaparecía entre los olivos.

Por primera vez desde que la conocía, no tenía una fecha para volver a verla.

Y esa ausencia pesó mucho más de lo que jamás habría imaginado.

Fernando la vio alejarse unos pasos.

Podía haberla llamado.

Podía haber buscado una última excusa para alargar la conversación.

Pero comprendió que hay silencios que también son una forma de querer.

Metió las manos en los bolsillos y sonrió con una tristeza serena.

Todos aquellos meses, de los proyectos y anteriores, todas las despedidas, las rutas, las escapadas las niches juntos, la piscina del cortijo, las áreas de servicio, las promesas solo de volverse a ver pronto sin saber cuándo sería la siguiente...

Lo habían intentado.

De la mejor manera que habían sabido.

Pero la vida seguía empeñada en llevarlos por carreteras distintas.

Ella tenía una fábrica, una familia y una tierra a la que nunca renunciaría.

Él seguía siendo arquitecto, enlazado a proyectos por toda España, sin saber dónde estaría dentro de seis meses.

Ninguno podía pedirle al otro que cambiara su vida.

Y ninguno quería hacerlo.

Fernando esperó a que el Audi desapareciera entre el tráfico.

Entonces se colocó el casco y la cazadora de cuero negro.

-Gracias a ti, Martina- murmuró para sí.

Arrancó la moto y tomo la salida hacía la autovía de Madrid.

Ella condujo en dirección a Jaén.

Dos carreteras.

Dos destinos.

Y un recuerdo compartido que ninguno de los dos permitiría que el tiempo estropeará.

Porque hay historias que no terminan por falta de amor.

Terminan porque sencillamente, la vida pide cosas distintas a personas que se quisieron de verdad.

...

Cinco años después...

XXIII EXPO-OLIVA, MADRID

El recinto estaba lleno de luz blanca, stands de madera clara, olor a aceite recién abierto y conversaciones cruzadas en varios idiomas.

Hacía tiempo que Martina no iba a la exposición. Habían ido sus hermanos, se turnaban cada año. Ella no quiso. Inventaba excusas. Pero sí iba siempre a la **EXPO- OLIVA DE JAÉN**.

...

Fernando llegó con su equipo un poco antes de la inauguración oficial. No buscaba a nadie en concreto. Había perdido la costumbre de buscar.

Estaba revisando unos planos cuando oyó su nombre, dicho con naturalidad, como si el tiempo no hubiese pasado.

-Fernando

Levantó la mirada.

Martina estaba a unos metros.

No era la misma, pero tampoco era otra. Seguía teniendo esa forma de estar firme sin parecer dura. El pelo más recogido, la ropa más sobria, la mirada más tranquila. Más adulta.

Y a su lado un niño.

Pequeño, de unos cuatro años. Agarrado a su mano.

El golpe en su pecho no fue físico, pero casi.

Martina sonrió nerviosa. Tampoco evitó la mirada de Fernando.

-No sabía que estabas en este proyecto- dice ella.

Fernando asintió despacio.

-No lo sabía yo tampoco hasta hace nada.

Ella se acercó a abrazarlo.

-Me alegro e verte, Fernando.

-Yo, también.

Silencio.

No incomodo del todo.

Peor: reconocible.

El niño se soltó un poco de la mano de Martina y miraba hacía los stands, distraído.

-Es... mío- dijo ella antes de que él preguntara.

No añadió más, no hacía falta.

Fernando bajó la vista un segundo. Asintiendo.

-Ya veo.

Otra pausa.

Todo lo que podría haberse dicho en cinco años cabía ahí, pero no salía.

Martina respiró hondo.

-No funcionó con su padre. Se acabó hace tiempo.

Martina no se estaba justificando si no le contaba.

Fernando, la miró entonces de verdad, sin huir.

-Han pasado muchas cosas- respondió.

Ella asintió.

-Sí.

El niño tiró de su mano.

-Mamá, ¿quién es?

Martina tardó un segundo en contestarle tiernamente.

-Un amigo.

La palabra cayó entre ellos con una precisión quirúrgica.

Fernando no la corrigió.

Pero tampoco sonrió.

Unos minutos más tarde se separaron en medio del evento. Como dos profesionales. Como desconocidos que saben demasiado uno del otro.

Pero cuando él volvió la vista, la vio agachada hablando con el niño, ajustándole la chaqueta.

Fernando entendió en ese preciso instante, algo simple y definitivo.

No es que ella siguiera su vida, es que la vida la llevó lejos de cualquier versión en la que él pudiera encajar.

...

Más tarde, en el pasillo lateral de la exposición, el ruido del pabellón quedó amortiguado detrás de una puerta de cristal, ahí olía menos a aceite y más a café y moqueta, tostadas y desayunos.

Fernando estaba en una mesa sentado desayunando y ella llegó sola. Había dejado a su hijo con su Nani en el stand.

Este encuentro no llevaba niño.

Se miraron un segundo largo y ella se sentó frente a él.

-No quería hacer esto delante de todo el mundo Fernando- dijo ella que le había enviado un mensaje para quedar allí.

Fernando negó suavemente.

-Está bien así.

Un silencio breve quedó entre ambos.

Martina cruzó los brazos, no como defensa, mas bien como forma de sostenerse.

-Se llama Lucas.

Fernando asintió, aunque ya lo sabía.

-Tiene... cuatro.

-Cinco- corrigió ella con una leve sonrisa cansada- Los ha cumplido hace poco.

Ese pequeño detalle lo colocó todo en su sitio.

Cinco años exactos.

El tiempo encajaba demasiado como para ser una casualidad.

Fernando tragó saliva.

-Es tuyo.

Directo. Sin adornos.

Fernando no respondió de inmediato.

Parpadeó una vez.

Lento.

Como si la frase necesitara asentarse.

-¿Mi hijo?- preguntó por fin, no porque no lo hubiese entendido, sino porque necesitaba oírlo salir de su boca otra vez.

Ella asintió.

-Sí.

El silencio esta vez, sí fue incómodo.

La cafetería siguió igual, alrededor, pero para ellos bajó el volumen del mundo.

Fernando tragó saliva.

-Martina...

-Lo siento. En su momento no lo te lo dije.

-¿Cuándo pensabas decírmelo? ¿Nunca?

-No, sabía que algún día tendría que decírtelo. La vida siguió y lo supe dos meses después de despedirnos. Y todo estaba demasiado lejos. Sé que esto no es excusa, pero no quería que cambiaras tu vida.

Él se pasó una mano por la cara, como si necesitara sostenerse.

-Cinco años.

-Cinco- confirmó ella.

-Y Lucas sabe...

Martina niega.

-Sabe que tiene padre. Pero no sabe que eres tú. Era pequeño para entenderlo.

Eso le atravesó el pecho más que el resto, más que el hecho de no saberlo.

Fernando la miró de frente.

-¿Por qué ahora?

Ella le sostuvo la mirada.

-Porque hoy te he visto con él y porque ya no tiene sentido ocultarlo. Y porque me da miedo que lo descubra mal. Mi familia lo sabe.

Fernando asintió como si cada una de las palabras que pronunciaba le pesara.

-Quiero verlo de nuevo.

No era una petición romántica. Era algo más básico.

-Eso no es solo decisión tuya.

-Lo sé .

-El ruido del bar volvió a ocuparlo todo menos su mesa.

Martina respiró hondo.

-No lo voy a poner de golpe en tu vida, pero tampoco voy a negártelo.

Fernando asintió.

Por una vez en cinco años, no había despedida.

Había una consecuencia.

CAPÍTULO IX

Era la hora de la merienda y el pabellón estaba medio vacío. Fernando se llevó al pequeño Lucas a la cafetería y se sentaron a tomar la merienda. Él apenas un café. El chico un dulce y un a taza de cola cao.

Martina lo dejó con él, con naturalidad contenida, como si no quisiera que el momento pesara demasiado.

-Vuelvo en un rato- dijo ella, -mirando a Fernando. -Hasta luego cariño- le dijo al pequeño y lo besó.

Y se fue.

Fernando se quedó quieto. Lucas tenía una mochila demasiado grande para su espalda y un paquete de galletas abierto a medias. Lo miró como se mira algo que no encaja del todo, pero que ya es imposible ignorar. Le quitó la mochila y la dejó en la silla de al lado.

-Hola- dice Fernando al final, agachándose un poco- ¿Te gustan las galletas o te peleas con ellas?

Lucas sonrió con timidez.

-Me las estoy comiendo.

Eso rompió el hielo lo suficiente.

Fernando le ofreció una botellita de agua mientras traían la merienda y Lucas la aceptó.

-¿Vienes mucho por aquí?- le preguntó Fernando.

-Es la primera vez y mamá me ha dejado porque tengo vacaciones en el cole.

“Mamá”

La palabra quedó suspendida en el aire algo más de lo normal.

Fernando asintió despacio como si ese detalle le acabara de ajustar algo por dentro.

-Tu madre trabaja mucho.

-Y monta en moto- añade el niño orgulloso- cuando sea mayor también tendré una moto grande.

-Fernando sonrió de verdad, aunque breve.

-Eso lo sé.

Lucas lo mira ahora con más atención, como si lo estuviera evaluando sin saberlo.

-¿Tú eres el amigo de mamá?

La pregunta cayó directa, sin filtro. Fernando tardó en responder.

-He sido alguien importante para ella. Hace tiempo.

El niño asintió como si esa respuesta le sirviera a medias.

Fernando bajo la mirada a las manos del pequeño, pequeñas, reales. Y decidió no rodearlo más.

-Lucas, ¿sabes quién soy?

El chiquillo encogió los hombros.

-Mamá dice que no hay que preguntar mucho.

Eso le dolió más de lo que esperaba. Fernando tragó saliva.

-A veces los adultos complicamos las cosas.- le dijo- Pero yo te voy a decir la verdad ¿vale?

Lucas se quedó quieto.

Fernando respiró hondo.

-Creo que soy tu padre.

El silencio esta vez fue distinto.

El niño no lloró, no se asustó. Solo parpadeaba lento, como intentando encajar cada pieza que no sabía que existía.

-¿De verdad?

Fernando asiente.

-Creo que sí.

Lucas mira al suelo, luego a él otra vez.

-¿Y por qué no estabas antes?

-Porque me equivoqué. Porque a veces los adultos creen que pueden arreglar las cosas solos y... no pueden.

Lucas se quedó pensando. Apretó la botella de agua con las dos manos.

-¿Mamá lo sabe?

Fernando dudó apenas un segundo.

-Sí.

La cara del niño cambió. No de miedo sino de algo distinto en su mundo.

Desde la puerta del pabellón, Martina apareció otra vez. No entró del todo. Solo miró.

Sabía que ya está hecho y en qué punto de la conversación estaban.

Fernando levantó la vista hacia ella.

No pidió permiso.

No desafió.

Solo esperaba.

Y Lucas, sin mirar a su madre todavía, dijo en voz baja:

-Entonces ahora ¿qué pasa?

Martina siguió en la puerta.

No entraba.

No interrumpe .

Solo estaba ahí, como si se negara a inclinar la escena hacía un lado u otro.

Fernando se agachó un poco más, para quedar a la altura del niño-

-Ahora no pasa nada de golpe-dice despacio- No tienes que decidir nada hoy. Ni mañana.

Lucas frunció el ceño, como lo hacía él.

-Pero has dicho que eres mi padre.

-Lo he dicho porque creo que es verdad- responde Fernando- pero ser padre no es una palabra. Es tiempo.

El niño, mira sus manos otra vez, como si pudiera encontrar una explicación más clara.

-¿Y eso cuánto es?

Fernando suelta una respiración corta.

-Eso no lo sé ni yo.

Martina, desde la puerta, por fin entra un paso.

Solo uno.

No más.

-Lucas, ven un momento.- dice con calma.

El niño no se levantó, mira con calma a Fernando primero. Eso ya dice algo que ninguno de los dos comenta.

Fernando asiente despacio, dándole permiso.

-Ve con tu madre.

Lucas obedece a medias, arrastrando la mochila. Cuando pasa junto a Martina, ella le acaricia el pelo con naturalidad, intentando sujetar su mundo.

Se alejan unos metros. Hablan en voz baja. No se oyen palabras, solo el tono: el de alguien que intenta no romper nada más de lo necesario.

Fernando se quedó sentado en la mesa.

Martina volvió sola dejando con la Nani a Lucas.

-No tenías que decirlo así- dice ella.

Fernando no se defiende.

-¿Cómo entonces?

Martina apretó un segundo la mandíbula.

-Primero conmigo.

-Lo sé.

-Se lo has soltado como si fuera una certeza.

-Porque para él no podía ser una duda eterna.- respondió Fernando.- y porque ya no podía seguir siéndolo para mí.

Eso la frenó al instante.

Martina bajo la mirada hacia donde estaba Lucas, jugando con el cierre de la mochila.

-Es pequeño- dice ella, más bajo ahora.- no entiende lo que implica.

Fernando la mira.

-No. Pero entiende lo suficiente como para hacerse una pregunta que ya no se le va a ir.

Martina no respondió enseguida.

-Y tú, ¿qué quieres hacer?- pregunta al fin ella.

Fernando tardó un segundo.

-No quiero entrar en su vida a golpes ni desaparecer otra vez.

La miró directamente a los ojos.

-Quiero hacerlo bien. Aunque llegue tarde.

-Martina soltó una risa mínima, sin humor.

-Llegas tarde.

-Lo sé, pero recuerda que nunca lo supe.

Desde donde estaba Lucas, se oyó una pelota botar contra el suelo. Un sonido pequeño, insistente, como si el mundo estuviese igual aunque ya no lo estaba.

Martina respiró hondo.

-No lo voy a romper por tu culpa, pero tampoco voy a dejar que lo confundas.

-No quiero confundirlo.

-Entonces, vas a tener que ganarte cada paso.

...

La feria llegó a su fin sin que ninguno de los tres se diera cuenta.

Durante esa semana, se creó una rutina que parecía llevar años existiendo.

Cada tarde, cuando el bullicio empezaba a bajar en los pabellones, Fernando aparecía puntual. Recogía al pequeño, salían a merendar, daban un paseo por los jardines de IFEMA, jugaban un rato y, cuando Martina terminaba la jornada, ya los encontraba juntos, riendo como si siempre hubiera sido así.

Nunca preguntó si podía llamarlo hijo.

Nunca le dijo a Martina lo que sentía.

Simplemente estaba.

El niño, empezó a esperarlo cada tarde con ilusión de quien sabe que alguien no va a fallarle.

El último día, mientras desmontaban el stand, Fernando ayudó a cargar algunas cajas en las furgonetas que llevaban. Apenas cruzaron unas palabras.

-Buen viaje.

-Gracias.

Martina cerró el maletero y el niño bajo la ventanilla. Iba detrás con su Nani.

-¿Vendrás a verme?

Fernando sonrió con esa serenidad que tanto le caracterizaba.

-Sí.

Solo una palabra.

Pero dicha por él valía más que cualquier promesa.

El Audi se perdió entre el tráfico de Madrid camino de Jaén.

Fernando permaneció unos segundos inmóvil.

Después se dio la vuelta y regresó a su coche.

Al día siguiente volvió al estudio de arquitectura como si nada hubiera cambiado.

Pero todo había cambiado.

Sin hacer ruido, comenzó a reorganizar su agenda. Preguntó por futuros proyectos en Andalucía. Rechazó un encargo que lo habría llevado varios meses al norte. Empezó a calcular cuántos fines de semana podía bajar a Jaén sin descuidar el trabajo.

No se lo conto a nadie.

Ni siquiera a Martina.

No quería convencerla con palabras.

Prefería que, algún día, ella descubriera por sí sola que llevaba meses construyendo una vida más cerca de ellos.

Era arquitecto.

Sabía que los cimientos nunca se levantan deprisa.

Y esta vez estaba decidido por empezar ahí.

Y por ello reunió a su familia en casa de sus padres. Una reunión familiar el domingo siguiente.

Nadie puso sacarle una palabra de por qué quería esa reunión y qué tenía que decirles.

El domingo, después de comer, ya estaban todos nerviosos, su padre, su hermano, su madre, su cuñada...

-Tengo que contaros una cosa.

-Ya era hora, estamos de los nervios, ¿qué te pasa?- le dijo su hermano.

El silencio fue inmediato. Todos sabían que Fernando no hablaba así si no era importante.

-Hace casi siete años, conocí a una mujer, motera en una de las concentraciones. Es de Jaén y se llama Martina.

Su madre sonrió al recordar ese nombre. Alguna vez se lo había oído mencionar.

-No salió bien, después de casi dos años contando los proyectos de Jaén y Granada. Nos separamos y seguí con mi vida... o eso intenté.

Hizo una pausa.

-La semana pasada la vi en la feria del aceite de Madrid, después de cinco años.

Su padre lo miró con atención.

-Y no fue solo eso. Tiene un hijo.

Nadie dijo una palabra.

Fernando respiró hondo.

-Es mi hijo. Tiene cuatro años y medio.

El silencio fue aún mayor.

-Se llama Lucas. Yo no sabía que existía.

Su madre se llevó una mano a la boca emocionada.

-Por eso llevo una semana diciendo que solo quiero proyectos en Andalucía. No es un capricho. Quiero recuperar el tiempo perdido. Quiero conocer a mi hijo. Y...si algún día Martina me deja, intentar recuperar también a la única mujer de la que he estado enamorado de verdad.

Su padre permaneció unos segundos pensativo.

-¿Y qué piensas hacer?

-Ir poco a poco. Sin presionar a Martina. Estar con Lucas, los fines de semana. Lo demás ya no depende de mí.

Su padre sonrió.

-Pues voy a decirte una cosa. Llevamos años pensando abrir un estudio, en Andalucía, por supuesto más pequeño que este. Una sucursal, pero siempre lo hemos ido dejando.

Fernando levantó la vista.

-Ábrelo en Jaén- dio el padre.

-¿En Jaén?

-Sí. Seguirás llevando proyectos donde salgan, Córdoba, Granada, Málaga o Sevilla si hace falta. Pero tu base, estará allí. Tu hijo crecerá allí. Y si el destino te ha dado una segunda oportunidad, no la desaproveches por vivir muchos más kilómetros al norte.

Fernando no respondió enseguida.

Solo asintió.

Así descubrió que era padre y sintió que el camino empezaba a dibujarse ante él.

También les contó por qué ella no podía mudarse...y si ella no podía, él tenía una oportunidad.

CAPÍTULO X

Las semanas siguientes, fueron un constante ir y venir entre Madrid y Jaén.

Los viernes, al terminar al jornada Fernando cogía la moto o el coche y bajaba a Jaén. Pasaba el fin de semana con Lucas siempre que Martina se lo permitía.

A veces merendaban, otras iban al parque o daban un paseo por el centro o iban al cine al centro comercial. Poco a poco el niño dejó de verlo como **el amigo de mamá**, y empezó a esperar que llegara el viernes.

Entre semana seguía trabajando, pero cada vez viajaba más a Andalucía. Su padre había tomado una decisión.

-Vamos a abrir el estudio en Jaén.

Buscaron un local céntrico y luminoso. Lo reformaron con calma, sin prisas. Fernando supervisó cada detalle. Al mismo tiempo alquiló un piso a pocos minutos de allí. Era sencillo pero suficiente de momento para empezar una nueva vida. Y vendió el suyo de la Gran Vía, pero guardó ese dinero.

No le dijo nada a Martina.

No quería que se estaba mudando para presionarla o para irrumpir en su día a día. Quería que cuando ella lo supiera, todo estuviera hecho.

Sin promesas.

Sin palabras bonitas.

Solo hechos.

...

Durante casi tres meses siguió viviendo entre dos ciudades, Madrid iba quedando atrás mientras el estudio de Jaén tomaba forma.

El día que colgaron el rótulo en la fachada y las llaves del piso descansaron definitivamente en su bolsillo, respiró hondo.

Aquella vez, durmió por primera vez en Jaén, sabiendo que ya no estaba de paso.

Ahora, solo quedaba contárselo a Martina.

...

El domingo llegó con esa calma rara de los días importantes, como si el tiempo bajara el volumen.

Fernando abrió el estudio un poco antes de la hora acordada. No era un despacho grande no ostentoso, pero estaba cuidado y tenía otros dos para dos arquitectos más que había contratado, una pequeña recepción, una cocinita y una sala de reuniones pequeña en una planta baja.

Tenía luz natural y estaba muy cuidado, reformado y pintado, con grandes ventanales, planos en las mesas, maquetas a medio terminar en la sala de reuniones, litografías en las paredes, café recién hecho que él aun no había tocado todavía.

Querían que lo vieran así.

Vivo.

Real.

A las once en punto sonó el timbre.

Martina apareció primero, con ese paso suyo seguro pero contenido, como si siempre estuviera midiendo lo que siente antes de dejarlo salir.

Y detrás de ella venia su hijo, mirando todo con esa mezcla de curiosidad y respeto que tienen los niños cuando entran en un sitio nuevo importante.

Fernando tardó un segundo en reaccionar. No por sorpresa, sino por ese nudo silencioso que le apretaba cada vez que los tenía delante juntos.

-Este es el estudio- dijo al fin, más bajo de lo habitual.

El niño miro alrededor sin decir nada, deteniéndose en los planos grandes de la pared.

-¿Tú haces esto?- preguntó al final, señalando una maqueta del cortijo entre los olivos.

Fernando asintió.

-Exacto. Yo hago eso.

Martina no habló. Se quedó un paso atrás, observando más a Fernando que al espacio. Como si buscara en él algo que todavía no terminaba de encajar del todo.

El niño avanzó hacia la mesa de trabajo y tocó con cuidado una maqueta.

-Parece un juego.

Fernando sonrió apenas.

-Un juego serio.

Hubo un silencio cómodo durante unos segundos, de esos que no pesan pero tampoco son ligeros.

-Lo has hecho por él, te has mudado...

-Lo he hecho por ti también. Debía hacerlo hace cinco años, pero hace cinco años, había pocos proyectos aquí. Y tengo dos arquitectos más que podré enviarlos a lugares más lejos. De Andalucía.

-Gracias- dijo ella bajando la mirada.

-Te dije que quería conocer a mi hijo, quiero que me diga papá, sé que no soy un hombre de decir, pero hago.

-Ella sonrió.

-Eso no lo dudes- dijo en tono erótico- y él se la quedó mirando.

-He hecho cuanto estaba en mi mano.

-Lo sé de sobra y tu hijo te lo va a agradecer. Porque te quiere. No para de hablar de su padre.

-Pero quiero que me llame papá.

-Si se lo dices, estará encantado. Esto es precioso Fernando. ¿Serás feliz aquí?

-Espero serlo. Recuperaré a mi hijo y...

-Y...

-Y si me dejas, a ti también. Ya no somos críos.

-Nunca lo fuimos.

-No, eso es verdad.

-¿Y dónde vives?

-Al lado es un piso alquilado. Vendí el de la Gran Vía. Si tengo que ir, está la casa de mis padres. Ya veré comprarme aquí uno. Venga vamos a verlo, tiene dos garajes.

Y estuvieron viendo el piso, modesto, de tres dormitorio, uno para el chico, el suyo y el otro un despacho con mesa de dibujo.

-Está bien, Fernando. Es céntrico.

-Más adelante me compraré uno. La empresa la ha puesto mi padre. Una sucursal. Si hay proyectos me los envía y los que tenga aquí, tengo página web.

-Me encanta.

-A mi también me encanta- dijo Lucas.

-Papá.

-¿Puedo llamarte papá?

-Soy tu papá, deberías hijo.

Y se abrazó a su larga pierna y él lo cogió en brazos y lo besó.

-¿Vamos a comer?

-¿Nos vamos al cortijo mamá?

-Tendremos que llevarnos comida. Allí habrá bebidas y fruta. Tus juguetes y tu bici, bandido.- y Lucas se reía.

-Quiero bañarme en la piscina.

-Nos vamos al cortijo venga. Cógete un bañador Fernando.

-Compramos algo de paso.

-Sí.- dijo ella.

Fernando tenía muy buenos recuerdos del cortijo y de esa piscina y ambos lo sabían.

Estuvieron comiendo, bañándose antes de comer. Y él pequeño jugaba con su bici.

Cuando estaba derrotado, ella lo echó en el sofá de la sala.

-Voy a darme un chapuzón. Te ayudo a recoger antes.

-Voy contigo.

Mientras estaban en al agua...

-¿Cómo fue el parto?

-La verdad rápido y bueno. Y es un niño encantador.

-Ya veo. Lo sé. Pide permiso hasta para llamarme papá.

-Impones.

-¿A ti también te impongo?- se atrevió Fernando.

-Y me pones.

-¡Joder Martina, mira donde estamos y cómo estoy! Desde que te he vuelto a ver, no puedo hacer nada con ninguna.

-Lo sé ¿y qué?

Y él se acercó a ella.

-¿Cuánto tiempo sin sexo?

-Cinco años.

-No puedo creerlo.

-Créelo. No hubo otro desde que te conocí.

-¡Joder con mi Dama!

-¿Y tú?

-Cinco años, pero ya sabes que no soy de rollos y soy selectivo.

-No quiero saberlo.

-Con protección, no como contigo. Tienes las tetas más grandes.

-Dale las gracias a tu hijo.

-Se las daré-y se acercó a ella como pidiendo permiso, pero ella se lo dio. Fernando era superior a ella.

El abrazo fue un nuevo comienzo.

Fuerte.

Emotivo.

-Vamos nena. No quiero que llores. Estoy aquí y no pienso irme a ninguna parte. Por los dos. Eres la única mujer de la que me he enamorado en mi vida. Y ya me cuesta decir eso.

-Fernando...

-Es cierto.

Y se besaron.

Lento.

Más rápido.

Apasionado.

Él estaba duro y ella lo sabía. Se quitó el bikini. Lo deseaba dentro de su cuerpo deshabitado por tantos años...

-Buff Martina, no voy a durar nada.

-No te lo he pedido. Quítate eso y no grites demasiado alto.

Y él sonrió. Y todo volvió al pasado. Antes de lo que pensaba. Sin que le costara tanto como creía.

-Porque ella también lo amaba. Siempre fue suya.

Conteniendo los gritos que tendrían algún día.

Más de uno.

Y allí en la piscina donde tantas veces se le venían a mente a Fernando tuvieron el primer orgasmo de su nueva vida.

Ahogando gritos y gemidos. Penetrándola como siempre. Libre.

...

Dos meses después estaba viviendo con ellos. Había visto de nuevo a su familia. Y a veces, dejaba al chico con la abuela y se iban al cortijo.

Eran felices. Ahora Fernando hacía y decía.

Y decía que lo había cambiado.

Con el tiempo, su estudio fue en auge. Porque era bueno.

Volvieron a coger la moto, a ir a concentraciones. No siempre. Por el pequeño.

La gente los reconoció.

-Ey ahí está la Dama de la Carretera.

Y la querían.

A veces llevaban una moto u otra al cortijo y montaban a Lucas encantado con las motos. Despacito.

...

Tres años después de llegar Fernando ya tenían a su hija Alba, se habían casado en una boda en Jaén por todo lo alto. Más por hacer feliz a sus

padres. En el Castillo. Una boda preciosa.

Un amor.

Dos hijos.

Dos cruces de caminos.

Un cortijo del que estaban enamorados.

Y una sola Dama.

La Dama de la Carretera.

Eran felices cuando cogían las motos e iban a cualquier rinconcito un día.

Solos.

El viaje corto, la carretera sin fin.

La felicidad al alcance de la mano.

Sin caminos cruzados.

.

